

OTROS ESTUDIOS

EREBEA

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales

Núm. 11 (2021), pp. 251-285

ISSN: 0214-0691

<https://doi.org/10.33776/erebea.v11i0.5456>

MITRÍDATES COMO PRETEXTO. SILA Y LA FINANCIACIÓN DE LA CAMPAÑA DE ITALIA

Joaquín Muñoz Coello

Universidad de Huelva

RESUMEN

La primera Guerra Mitridática fue el instrumento de Sila para buscar el dinero que necesitaba para su guerra contra los marianos, y recuperar el poder en Roma. Esta idea armonizaba con la visión que la oligarquía romana tenía sobre Oriente y Asia, en particular, alimentada por las noticias y contactos entre ambas regiones y Roma, y las ambiciones políticas del personaje.

PALABRAS CLAVE

Mitrídates VI; Sila; corrupción; Aquilio, Arquelao.

Fecha de recepción: 5 de septiembre de 2021

Fecha de aceptación: 10 de diciembre de 2021

ABSTRACT

The First Mithridatic War were the Sulla's way in order to look for the money he needs to make the war to the followers of C. Marius in Italy, and to recover the power at Rome. This project was agreed with the sight of the roman oligarchy about Orient and, in particular, about Asia, and it was the result of the reports and connections between both regions and Rome, and the political claims of that personage.

KEYWORDS

Mithridates VI; Sulla; corruption; Aquillius; Archelaus.

I. L. CORNELIO SILA, COMO FUENTE HISTORIOGRÁFICA

La información sobre la campaña de Sila contra Mitrídates está básicamente en las biografías de Plutarco —Sila y Lúculo— y en el relato exclusivo de Apiano sobre ese monarca¹. Hubo otras fuentes que o se perdieron o repitieron sin mayores novedades lo ya escrito por aquellos dos griegos². Es esencial indicar que ambos autores, y por ende los que les utilizaron después, usaron como fuente base de sus respectivos relatos las memorias autobiográficas de L. Cornelio Sila, protagonista de la primera guerra contra Mitrídates, junto a éste mismo, lo que nos obliga a hacer algún comentario al respecto. En definitiva, sabemos de los actos de Sila en Grecia y Asia lo que él mismo quiso que supiéramos a través de sus memorias, que aportaron el grueso de la información usada por Plutarco y Apiano. De estas memorias o *commentarii* no nos ha llegado más que las citas directas de Plutarco —en once ocasiones—, en las citadas biografías de Sila y Lúculo, y la convicción de que están presentes en el texto de Apiano. Se admite que al menos dos tercios de sus relatos siguieron fielmente las noticias apuntadas por el luego dictador³.

Sila fue un noble patricio buen aficionado a las letras griegas y latinas, y desde el comienzo de su carrera política decidió reunir en un diario autobiográfico los datos de los principales sucesos y actos en los que tomaba parte, una especie de crónica o memorias personales que ordenó, dio forma y redactó, una vez retirado de la vida pública en el año 79. Eran sus *commentarii*, también citados como *de rebus suis*, *upomnema*, *historia* o *res gestae*, el cuaderno de notas, registro o memorial del magistrado cuyo límite cronológico era la propia vida del autor. Escribió hasta dos días antes de su muerte un total de veintidós libros, que fueron ultimados por su liberto Epicado. Por tanto, se trataba de un relato simultáneo a los hechos de su gobierno, tanto civiles como militares, al objeto de dejar constancia de sus hazañas, *honores* y victorias, aunque no tomaría forma hasta el final de su vida⁴.

1 Desde Sila, siguiendo el esquema tradicional, al menos hubo cuatro períodos bélicos diferenciados, Sila, Murena, Lúculo y Pompeyo. Si seguimos a Apiano, sólo hubo una guerra que duró cuarenta años, dividida en episodios, lo que nos retrotrae al 103, por lo que habría que sumar aquí un quinto episodio bélico importante, el protagonizado por la embajada de Aquilio y los gobernadores de Asia y Cilicia del momento. Ap. *Syr.* 48. De valor desigual y con errores, Memnon, *FGrH* 434 F 22(32, 10-13), F 23-25.

2 Para Luce (1970: 162), Plutarco pudo usar como fuente, además de los *commentarii* de Sila, las memorias de Q. Lutacio Cátulo P. Rutilio Rufo y M. Emilio Escauro, Cic. *Brut.* 112; 132; Pascucci (1975).

3 T. J. Cornell, ed., *The Fragments of the Roman Historians*, I, Oxford. 2013, 284-285. *vid.* Calabi (1975), Valgiglio (1975), Smith, (2009).

4 Sal. *Iug.* 95.3; Cic. *Pis.* 77; 94; *fin.* V.12; *Att.* I.19.10; *fam.* VIII.2.2; *Brut.* 262; Plin. *nat.* 23.149; Plin. *ep.* 3.5.17. *De rebus suis*, Suet. *gramm.* 12; *historia*, Athen. 261C; Cic. *div.* I. 72; *res gestae*, Gell. I.12.16; 20.6.3; L. Ballesteros Pastor, *Mitrídates Eupato, rey del Ponto*, Granada. 1996, 106. Sabemos que los eventos del 86 los escribió en el libro X, por lo que el relato de su campaña en Asia habría sido plausible localizarlos en los libros centrales de su obra, T. J. Cornell (Ed.) (2013: 290).

Como elaboración *a posteriori*, esto es, sin coincidencia con los hechos, los *commentarii* mezclaron realidad, ficción, intervención divina y mera propaganda. No había en ellos espacio para nada que creara sombras a la trayectoria de Sila, en su visión de los acontecimientos, de gloria y entrega a la República. No es de aquí analizar una obra que sólo conocemos por las ciertas e inciertas referencias que otros autores nos dan sobre ella. Valgan dos muestras de su talante inseguro y turbio como estadista. En su discurso a los delegados de las ciudades de Asia reunidos en Efeso, año 84, enumeraba las iniquidades, excesos y atropellos cometidos por Mitrídates en la región y les aseguraba que esto era algo que los romanos jamás cometerían... para superarlos en horrores y devastación en su inmediata campaña sobre Italia. Y poco antes, en un supuesto discurso ante Arquelao, general de Mitrídates, Sila culpaba al monarca de invadir los territorios que pertenecían a otros, de matar un número inmenso de personas, expoliar el tesoro de las ciudades y templos, y aún confiscar las pertenencias de los muertos... y lo decía quien había expoliado los tesoros de Olimpia, Epidauro y Delfos, y tras la muerte del legado rebelde C. Fimbria, por pretextos diversos, haber provocado matanzas en masa de hombres libres y esclavos, haber destruido las murallas de muchas ciudades, esclavizadas sus poblaciones, y los territorios, arrasados⁵.

Por lo demás, comprobamos que muchos pasajes atribuidos a aquellos *commentarii* son ampulosos, desmesurados e ilusorios, sobre todo cuando se trata de dar balances militares, cifras de bajas propias y las causadas al enemigo, o los dantescos escenarios bélicos descritos, como resultado de la supremacía del romano como general⁶. Así, se citan ejércitos enemigos de más de cien mil soldados y aún mayores, de 270 000 soldados —450 cohortes—, o bajas propias de tan sólo catorce o veintitrés soldados frente a veinte mil del enemigo, números ridículos orientados, de modo burdo, a magnificar las victorias sobre semejantes fuerzas. De hecho, se nos dice que el ejército de Sila llegó a sumar ciento veinte mil soldados, equivalente a veintitrés legiones, de difícil comprobación por

5 Decía Dión Casio que los asesinatos que Mitrídates cometió contra los romanos en un sólo día, fueron pocos con relación a los que Sila ordenó a su regreso a Roma en el 82. Ap. *Mith.* 54; 61; 62; *BC I.* 82; 96; Plut. *Sila*, 31; *DC XXX/XXXV.109.8*, Keaveney (1995: 34), Sanford (1950: 28 y 32).

6 Algún detalle de la toma de Atenas recuerda algunas crónicas asirias del Imperio Nuevo. «El número de muertos fue incalculable, y todavía se mide a partir del enorme río de sangre que inundó el lugar». Plut. *Sila*, 14.2; Ap. *BC I.* 76; *Mith.* 41; los ciento cincuenta mil itálicos masacrados, Plut. *Sila*, 24.4; 110.000 bajas enemigas por trece propias, Ap. *Mith.* 45; 49; Plut. *Sila*, 19. 4; Sila se iba a enfrentar contra quince generales y 450 cohortes, o 270.000 hombres, Plut. *Sila*, 27.3; Eutrop. V. 6. 2; 7. 4; 8.1. Masacre de 150.000 romanos en Asia, Plut. *Sila*, 24.4. Ya en Italia, las seis mil bajas del cónsul C. Norbano, en Canusio —o en Casilino frente a setenta del lado de Sila, Ap. *BC I.* 84—. Sila se jactaba de sus hazañas, Plut. *Sila.* 3; 22; Magie (1950: vol. I, 221). Vell. II.23.3; Hinds (2006: 155).

cuanto los textos sólo documentan las cinco que trajo de Grecia, más los refuerzos de caballería y tropas griegas que allí pudo reclutar, las tres legiones de Pompeyo y las no cuantificadas que durante la guerra desertaron a su bando⁷.

2. ORIENTE CON MITRÍDATES

A comienzos del siglo I a. de C., Mitrídates VI Eupator, rey del Ponto, en colaboración con Nicomedes III de Bitinia, su aliado, tan circunstancial como inestable, desplegaba toda clase de maniobras, intrigas y operaciones diplomáticas y militares con el objetivo, según la interpretación del senado de Roma, de construir el gran imperio soñado a costa de la Gran Capadocia y regiones limítrofes. El temor a la desestabilización de los intereses romanos en la zona, venía ya desde su llegada al trono en 120, apenas nueve años después de que Roma comenzara a administrar la herencia del último de las Attáidas de Pérgamo, convertida ya en la provincia de Asia. Fueron años de alianzas, invasiones, expolios y amplio despliegue de medios diplomáticos que intentaban justificar la lógica de las armas y los hechos consumados. Las fuentes escritas dan cuenta de las tramas dinásticas, las conspiraciones y usurpaciones, en definitiva, narran las complejas situaciones ocasionadas por la frenética multiplicación de sucesos, haciendo en ocasiones difícil para el historiador actual captar todos los detalles particulares y circunstancias de aquellos complejos contextos, que llevaron al estallido final tras las llamadas vísperas efesias del año 88⁸.

Un resumen de los hechos, puede ser útil para entender cómo se desarrollaron los acontecimientos posteriores. Mitrídates VI del Ponto y Nicomedes III de Bitinia se apoderaron de Galatia y Paflagonia, conspiraron contra la dinastía de los Ariarates de Capadocia y luego ambos reyes, de aliados pasaron a ser enemigos. En Capadocia, Mitrídates promovió conspiraciones y asesinatos, sustituyó al dinasta reinante por su candidato, miembro de su familia, y lo hizo cuantas veces se vio obligado por Roma a rectificar y dar marcha atrás en sus actos. Su política de tensión y audacia, alternada con lenidad y moderación, se gestionaba a través de regulares embajadas que el senado de Roma le enviaba o las que él enviaba a éste, donde al tiempo que exponía argumentos y derechos que justificaban la licitud de sus aspiraciones, compraba voluntades con una generosa distribución de dinero entre los *patres*⁹.

7 En suma, a falta de otras noticias debe regir la cautela, Ap. *BC* I. 80; 82; 86; 88; 91; 100; 104. Plut. *Sila*, 27.3; 28.8; Vell, II. 24. 4. P.A. Brunt, *Italian Manpower 225 B.C. – A.D. 14*, Oxford. 1971, 441, considera incluso demasiado alta la cifra de 80.000, e inaceptables las cifras de contendientes.

8 Sobre la situación de Oriente con Mitrídates, antes de la guerra, Str. XII.2-8; Ap. *Mith.* 1-18; Just. XXXVII-XXXVIII; Floro, I. 40; Plut. *Sila*, 11-25, Ballesteros Pastor (1996: 37-80); Magie (1950: 206); Scullard (2010: 62), que lo fecha en el 96.

9 Cayó asesinado Ariarates VII, 101 a. de C., fue expulsado Ariarates VIII en el 96,

Apiano y Plutarco coinciden en que todos estos acontecimientos preocupaban al senado, y lo aseguran cuando escriben sobre Mario y Sila. En Roma había grupos que tenían importantes intereses económicos y políticos en la zona, y un eventual cambio del *status quo* en la región era visto con recelo en la clase ecuestre, que agrupaba a prestamistas, publicanos, comerciantes y hombres de negocios en general con fuertes lazos en el senado, donde constituían un grupo de presión influyente a la hora de votar decisiones. Eran mayoría los que simpatizaban con la facción política de Cayo Mario. Para otros, más pendientes de su brillo personal, Mitrídates podía suponer la gloria y el éxito militar que necesitaban para superar o contrapesar el prestigio militar de sus adversarios políticos¹⁰.

En un discurso de Mitrídates —en realidad de Sila por boca de Mitrídates—, su principal acusación iba dirigida contra la avaricia de los magistrados romanos que trataron con él en Roma y en Asia. «Los embajadores y generales que Roma me envió», aseguraba el rey/Sila, «sólo buscaban dinero, que tomaron de mí, de Nicomedes y de Ariobárzanes —rey de Capadocia— por turnos, de modo que todo cuanto hice fue más por necesidad que por voluntad». Sila —sigue hablando por boca del rey—, incluso señalaba el corrupto comportamiento de magistrados ilustres como Manio Aquilio, el cónsul del 101, que ya antes de partir para Asia había sido declarado culpable en los tribunales romanos y cuyos actos, el senado había anulado. El discurso de Mitrídates/Sila hacía referencia a dos de los tópicos más arraigados y consustanciales al modelo de sociedad vigente en el siglo I. a. de C. Características de esta sociedad, en la visión de críticos como Salustio, eran la corrupción, la pérdida de los valores que se asumía que habían hecho fuerte y grande a la República, y como causa de esa corrupción la avidez por la riqueza, el lujo y despilfarro y el abandono de las virtudes patrias que implicaban el sacrificio y la entrega al servicio de las instituciones. Esa crisis se había producido en la centuria anterior y tenía que ver con las variadas y complejas secuelas de las

entronizado el hijo de Mitrídates, de ocho años, como Ariarates IX, que fue expulsado y sustituido por Ariobárzanes I, puesto en el trono por por Sila. Ariobárzanes es a su vez depuesto —este rey fue depuesto hasta tres veces, 96, 91 y 89— por Ariarates IX, todo ello con la colaboración de nobles capadocios como Gordio —nombre también de la capital de Frigia— o de su yerno Tigranes de Armenia, Ap. *Mith.* 9; 11; 12; 15-16; 13; 56/58; Plut. *Sila*, 5; 11. Livio, *per.* 70; Aur. Vict. 75.4; Vell. II.15.3; 24.3; V. Max. V. 7 ext. 2; Front. *str.* I. 5.18,

10 Plut. *Mar.* 31; 34; *Sila*, 5; 6; Mario, amigo de los publicanos, Diod. XXXIV. 38. Sila tenía deseos de gloria, DC XXX/XXXV. 101.2. Fundamentalmente son Apiano y Plutarco quienes informan sobre la guerra y sus prolegómenos, pero parece que todos ellos usaron los *commentarii* de Sila, el protagonista y vencedor de parte del senado, escritos desde la posición del vencedor, parcial, tendencioso e inmoderado en cifras y apreciaciones, y reiterado en el propio enaltecimiento. Más independientes pero muy fragmentarios, son Livio y Diodoro de Sicilia, y Valerio Máximo, Eutropio y Orosio que tampoco disienten del relato de Apiano y Plutarco.

conquistas mediterráneas. Roma se abrió a Oriente y de allí vinieron las riquezas, y con ellas, pensaban los republicanos más conservadores, las semillas de la disolución de la república tradicional. En ese contexto se justificaba, por ejemplo, la negativa comparación que como digresión, hacía Plutarco de los antiguos generales y los del tiempo de Sila, incluido éste mismo¹¹.

Sesenta años antes de que Attalo legara su reino a Roma, la región de la futura provincia de Asia ya era El Dorado para los generales y soldados romanos. En la Guerra de Antíoco III de Siria Roma conoció la riqueza y feracidad de Asia, canalizada aquella y personalizada a través de sus reyes. No es de aquí hacer un estudio pormenorizado del tema, pero sí al menos dejar una reseña significativa que permita continuar nuestro análisis. Para unos romanos próximos a la fascinación, Asia tenía fértiles tierras, variedad de frutos, ganados y pastos, que superaban sin duda a los de su entorno. Estaban además sus opulentas ciudades, las obras de arte de sus santuarios, los tesoros de sus palacios, el oro y la plata en abundancia que guardaban sus reyes, riqueza toda ella que se hacía evidente en los desfiles triunfales que periódicamente se hacían en la Ciudad, o en los regalos espléndidos que traían los embajadores de sus ciudades y reinos¹².

11 Ap. *Mith.* 13; 15; 54; 56. 56; 57; Plut. *Sila*, 12.6-9. DS XXXVII, *Excerpt. de Virt. et Vit.*, p. 609-610.

12 Asia, como Egipto, a los ojos de los romanos suponían una especie de El Dorado que nos recuerda similares fenómenos como el mito tartésico, o en la España de Felipe II, la búsqueda de El Dorado por Sudamérica de Lope de Aguirre y Pedro de Ursúa. Cic. *man.* 14; 65-66; Livio, XXXV.47.7; XXXV.48.7; XXXVI.17.14; XXXVII.-15.3; XXXVII.19.8; XXXVIII.17.18; XXXIX.1.3; XXXVIII.8.9; Plut. *Pomp.* 4; *Luc.* 29; 36; 39; Pol. V. 89. 1-6; XVI.22.4; XXX.25.12-19; XXXI.-32.3; Str. VII.4.6; XIV.2.16; XIII.4.6; XIV.5.28; XI. 14.10; Just. XXXVIII. 7. 6. Por el contrario, Cicerón describe un panorama desolador para la Grecia de su época, Cic. *Flacc.* 16; *Pis.* 40, no muy distinto al descrito para la centuria anterior, Pol.V.8.8; XVIII.41.2; XXX.5.4; XVIII.35.4-5; XXXI.22.3; 25.7. Lúculo recibía como regalo de Macares, rey del Bósforo, una corona de mil piezas de oro, Plut. *Luc.* 24.1; Sanford (1950; 28). Egipto participaba de un crédito similar a Asia en cuanto a riqueza. Estrabón señalaba que con Ptolomeo XII Auletes Egipto ingresaba 12.500 talentos cada año. En 87/86, el procuestor Lúculo recibía del monarca un regalo por valor de 80 talentos, que el cuestor rechazó, y más tarde, a Pompeyo, que estaba en Damasco, una corona hecha con cuatro mil piezas de oro. El mismo Auletes prestó a César y Pompeyo en el 59 seis mil talentos, lo que le valió el título de «amigo y aliado» del pueblo romano. Un país tan próspero resultaba hartamente conveniente para los intereses de Roma, por lo que en el 65 el consular M. Craso propuso hacer a Egipto tributario de Roma, lo que fue impugnado, pero revelaba los deseos de una parte de la oligarquía romana. A través del banquero C. Rabirio Póstumo, el Auletes fijó en 10 000 talentos el precio a pagar a quien le ayudara a recuperar el trono perdido de Egipto, y en ello estuvieron César, Pompeyo y Aulo Gabinio, a mediados de la última centuria de la República, Cic. *agr.* II. 43; *Rab. Post.* 3.6; Plut. *Luc.* 2.5; 3.1; 36. Str. XVII.13; Livio, XXXI.14.5; *FRH*, III, 289; Ap. *Mith.* 17; 114; Str. in Joseph. *AJ* XIV.35; Suet. *Iul.*54; Caes. *BC* III. 107; Plin. *NH* 33.10.136; DC 39.12. D. J. Thompson, (2008), 317, 319 y 322.

Regulares divulgadores de aquel «paraíso» eran los comerciantes asiáticos y romanos, prestamistas, armadores, banqueros, publicanos y la propia experiencia personal de algunos de los senadores y magistrados que viajaron a la región desde al menos fines del siglo III, tanto de manera privada como formando parte de embajadas oficiales. Por citar sólo las del entorno cronológico que nos ocupa, en Asia estuvieron el propio Sila como propretor de Cilicia en los noventa y allá viajaron como legados o embajadores célebres personajes como M. Emilio Escauro, el cónsul del 115, Cayo Mario, el *popularis* siete veces cónsul, o Manio Aquilio, el cónsul del 101, ninguno de los cuales escondía su dudosa relación con el dinero. Relacionado o conectado de alguna forma con la recepción de sobornos o la apropiación de bienes estuvo L. Valerio Flaco, el cónsul *suffectus* del 86, con mando en Asia, insaciable con las riquezas hasta el punto de escatimar la intendencia y el botín de sus propios soldados, que llegaba a administrar como suyo¹³.

En 98/97 a. de C. Cayo Mario, en ese momento ya seis veces cónsul, viaja a Frigia para construir un nuevo templo a Magna Mater en Pesinunte, como expiación por una supuesta profanación ocurrida años antes. Este fue el motivo oficial del viaje. Pero para el biógrafo de Mario, las verdaderas causas del viaje eran otras. Una era salir de Roma para no tener que soportar el regreso del exilio de Q. Metelo Numídico, decretado por el tribuno Saturnino y perdonado en el 99, y otra, avivar la hostilidad entre los monarcas asiáticos contra Roma y asumir el mando de la expedición que el senado decretara contra ellos, y con ello recuperar la gloria perdida por el continuado ocio. Mario ansiaba ese mando porque consideraba que la guerra sería fácil y sobre todo, lucrativa, con los ojos puestos en los tesoros del rey Mitrídates y las riquezas de las ciudades de Asia. Esto mismo confirma Diodoro de Sicilia, que da por hecho su ánimo beligerante. Era la perspectiva de las máximas riqueza, además de un triunfo a la altura de las mismas, lo que animaba a Mario, que no era excepción dentro de la oligarquía romana, a utilizar en su propio provecho la imagen de un Oriente como fuente de gloria y riqueza. Más allá de estos supuestos, poco más sabemos sobre lo que Mario hizo en Oriente¹⁴.

13 Cicerón justificaba los abusos y la explotación de aquella región, por razón de estado, pues «a cambio de la paz y la tranquilidad eternas, Asia debe cedernos parte de sus riquezas, pues este imperio no puede sostenerse sin impuestos», Cic. *QF* I.1.34.

14 DS XXXVI. *Excerpt. Photii*, p. 537-638; XXXVII. *Excerpt. de Virt et Vit.*, p. 613-614. El culto a Magna Mater, o Cibele, tenía arraigo en Roma desde la Guerra de Anibal, y contaba con su propio santuario en la Ciudad, donde se guardaba un meteorito o piedra negra y un trono conectados a la divinidad, Magie (1950: 170); Plut *Mar.* 17; 31; Ap. *BC* I. 31; 55; 57; lo mismo pensaba el ejército de Sila sobre ese destino. Ap. *BC* I. 55; 57; DS XXXVI. *Excerpt. de Lé gat.*, p. 634; XXXVII. *Excerpt. de Virt et Vit.*, p. 613-614; Hinds (2006: 142); en ese viaje advirtió a Mitrídates de las consecuencias de sus actos (Scullard, 2010: 62). Las causas aducidas para el viaje de Mario a Asia en el 98 parecen meros pre-

Uno o dos años después, hacia el 96 —tampoco aquí hay fecha cierta—, viajó a Asia M. Emilio Escauro, cónsul del 115, y probablemente el hombre más influyente de su tiempo —*princeps senatus* hasta su muerte en el 89—. Aunque el motivo de su viaje no es claro, para algún autor tuvo que ver con el deseo del senado de comprobar que Mitridates cumplía sus compromisos con relación a su abandono de Capadocia. Que fuera él, *princeps senatus*, y no otro, ya con sesenta y seis años, puede estar relacionado con su notoria avidez por la riqueza, como se acredita en su perfil biográfico. Salustio subraya su turbio papel como embajador ante Yugurta, de quien se le acusaba haber recibido sobornos, durante la Guerra de Numidia, y en el senado se hacían chanzas sobre su proverbial codicia. Años más tarde aquella embajada a Oriente dio motivos para una acusación bajo la *lex Servilia Glaucia de repetundis ob legatio asiatica*, presentada por Q. Servilio Cepión, pretor del 91, por haber aceptado dinero de Mitridates para obtener con su acreditada influencia, resoluciones favorables a la causa del capadocio en el senado. Acaso esta misma influencia le valió para salir absuelto¹⁵.

El 92 fue año de procesos importantes. Además de Escauro, fue procesado igualmente por supuestos sobornos, P. Rutilio Rufo, un estoico paladín de austeridad y rectitud, víctima según las fuentes de ese delito casi endémico entre quienes volvían de aquellas tierras. Rutilio, cónsul en 105, era legado de Q. Mucio Escévola en Asia durante el 94. Fue condenado *de repetundis*, exiliándose en Lesbos. Mientras esto ocurría, en Cilicia gestionaba L. Cornelio Sila, pretor del año anterior, la lucha contra los piratas —para lo cual contaba con los aliados de la zona— y la restauración de Ariobárzanes en el trono de Capadocia, del que Mitridates le había expulsado para imponer a Ariarates IX, uno de sus hijos. Igualmente, muerto su antecesor, Nicomedes III, Sila confirmó a Nicomedes IV en Bitinia sin oposición, y más tarde junto a Ariobárzanes realizó una expedición hasta el Eúfrates, donde por primera vez los romanos se entrevistaron con un

textos que no lo justifican. Es más verosímil el deseo de crear un ambiente prebélico en aquella provincia que permitiera a Mario asumir un mando militar en una eventual guerra (Luce, 1970, 168-169).

15 Mitridates sobornaba a los embajadores romanos, Ap. *Mith.* 57; DC XXX/XXXV.99.1; Val. Max. III.2.18; 7.8; Ascon. 21C; Plin. *nat.* 36.116; Fron. *str.* 4.3.13; Floro, II.5.5; Sal. *Iug.* 15. 4; 25.4; 28; Escauro a su vez acusó a Cepión por la misma ley, sin conseguir su condena (Alexander, 1990: 50, n.º 96 y 97; Alexander [1990: 50, n.º 96 y 97]; Muñiz Coello, 2019: 56). Para Badian (1959: 303), la sucesión de hechos fue la siguiente: el senado pide a Mitridates que deje Capadocia y envía a Escauro en el 97/96 para comprobar que Mitridates había cumplido. Sale Mitridates de la región y Capadocia pide permiso a Roma para elegir un rey, que vota dividida entre Ariarates, un hijo de Mitridates, y Ariobárzanes, candidato del senado. Más tarde va Sila para reconocer a Ariobárzanes en Capadocia, Justin 38. 2. 3-8; Str. XII. 2. 11; Luce (1970: 169); la denuncia a Escauro (Ñaco del Hoyo, 2014: 409).

legado del rey de los partos. Concluida la misión Sila regresó a Roma¹⁶. A su llegada fue acusado *de repetundis*, por un tal Censorino, ya fuese por haber obtenido sobornos del rey o acaso por extorsionar a los provinciales, o por simple venganza de sus enemigos, pero finalmente Censorino no se presentó a juicio. Este Censorino se identifica con un *monetalis* activo hacia el 88, que actuó en la guerra del 83/82 como legado del cónsul Cn. Papirio Carbón contra Sila¹⁷.

En el año 90, en plena guerra contra los aliados, el senado no podía pensar en distraer fuerzas militares para enviarlas a Oriente y resolver de una vez el problema de Mitridates. En una decisión que pensamos que iba dirigida a ganar tiempo, el senado decretó una nueva embajada con la misión de arreglar los asuntos de Oriente. Es oportuno recordar ahora algunos datos sobre estas embajadas. En ellas iban los senadores que con sus intervenciones en el senado habían mostrado saber de los asuntos que se planteaban. Se valoraban atributos como la madurez, la prudencia y la moderación, como fuente de experiencia. De cara a los interlocutores, enviar un consular era señalar el nivel de importancia que Roma daba a las eventuales negociaciones. Pero sobre todo un embajador era en teoría la mejor cara de Roma allá donde se desplazase. En la práctica, estos caracteres pasaban a un segundo plano y salían de embajadores los que contando con los votos necesarios, se habían mostrado más persuasivos, convincentes e instruidos, sobre los asuntos que afectaban a la región a la que se iban a desplazar la embajada. En el año 90 Manio Aquilio, hijo del cónsul homónimo del año 129, que ejerció en la nueva provincia de Asia, era consular desde hacía once años, conocía los asuntos de Asia y sobre todo, sabía de sus recursos¹⁸. Su inclinación

16 Sobre Rutilio, Luce (1940: 169), Muñiz Coello (2019: 3-56). Un año después Mitridates vuelve a expulsar a ambos reyes de su trono y a reponer a sus candidatos anteriores, en Bitinia a Sócrates Chrestos, hijo ilegítimo del fallecido Nicomedes III, y en Capadocia de nuevo a su hijo Ariarates IX. Ap. *Mith.* 10; 11; 13.

17 Ap. *Mith.* 21; 22; 57; Livio, *per.* 70; Plut. *Sila.* 5.3-6; *praetor Ciliciam prouinciam habuit*, Auct. *Vir. Ill.* 75.4; Vell. II.24.3; Front. *str.* I.5.18; Cic. *Flacc.* 55; H.H. Scullard (2010; 63); Hinds (2006: 148); Magie (1950: vol. I, 206); Broughton (1952, vol. II, 21). Hay propuestas de pretura en el 97 y propretura en 96. C. Marcio Censorino, mariano, asesinó al cónsul Cn. Octavio, fue ejecutado en el 88 por Sila, Ap. *BCI.* 93. Firm. Mat. I.7.28; Plut. *Sila.* 5.3, Badian (1959: 284, 286 y 299); Sumner (1978: 395-396); Reams (1993: 281, 283 y 285); Keaveney (1995: 29). Ap. *BCI.* 71; 88; 90; 92; 93. La acusación (Cagniart, 1991: 286, 291-292; Hamilton, 1969: 181-199); el problema de la identificación de Censorino es la edad en que lanzó esta acusación, pues ese triunvirato solía ejercerse por los jóvenes aspirantes a la cuestura.

18 Aunque sin confirmación, es posible que Aquilio hubiera militado con su padre cuando éste estuvo en Asia en el 129. Era costumbre que la milicia se hiciera con familiares que marchaban como magistrados a las provincias. Antes de su consulado, Aquilio fue legado de Mario contra los cimbrios en 103, año en el que llegaron a Roma unos enviados de Mitridates, con grandes riquezas a fin de comprar el voto del senado que garantizara su dominio sobre Paflagonia y Galatia, DS XXXVI, *Excerpt. de Legat.*, p. 634. Fue éste un

por las riquezas, se atestigua al menos desde que como procónsul en el año 100 sofocara en Sicilia una rebelión de esclavos, que le valió una *ovatio* pero también una acusación *de repetundis*, de la que fue absuelto por la invocación a sus méritos de guerra, realizada por su abogado, el excelente orador y cónsul del 99 M. Antonio, padre del triunviro¹⁹. Aunque absuelto de aquella acusación el hecho es que no volvió a asumir *provinciae* a lo largo de los siguientes diez años, que sepamos. Aquilio quería ir a Asia, contaba con el apoyo de Mario y obtuvo los votos necesarios de los *patres* para encabezar una embajada. Con él irían además Manlio o Mallio Maltino y un tal Mancino, ambos de identidad dudosa y de los que nada sabemos, y que bien pudiera ser alteración de un mismo nombre²⁰.

Aquilio llegó a Asia a comienzos del 89 y desde el principio su actividad fue poco convencional. Una embajada era ante todo símbolo de paz, de tratos que alejasen la sombra de las armas. Se esperaba de los embajadores que resolviesen litigios y problemas mediante el diálogo, y de antemano se aceptaba la inviolabilidad de los intervinientes. Pese a todo, su misión podía estar reforzada por la compañía de un cuerpo militar, a modo de escolta, en este caso suministrado por el gobernador de Asia, como especificaba la orden senatorial que portaba Aquilio, pero entendemos que en la forma en que las *custodiae* acompañaban a los publicanos es sus labores recaudatorias. Bajo estas premisas y con la información de que disponemos, la embajada de Aquilio se excedió ampliamente en sus cometidos²¹.

Aquilio facilitó que Nicomedes IV y Ariobárzanes fueran de nuevo repuestos en sus tronos de Bitinia y Capadocia, sin hostilidad de parte de Mitrídates. A continuación Aquilio les presentó una relación de los gastos que había ocasionado esta reposición y que los tres monarcas debían pagarles a ellos, los embajadores. Mitrídates se negó y Aquilio se centró en Nicomedes. Como el bitinio decía no tener dinero, acuciado como estaba por deudas con los prestamistas romanos, Aquilio le ordenó que invadiera los dominios de Mitrídates y tomara botín con

escándalo que sólo denunció el tribuno de la plebe L. Saturnino, posición que a punto estuvo de costarle la vida, pues se le acusó de atentar contra la inviolabilidad de los embajadores, DS XXXVI. 10.1, *extract. Photii*, p. 536/537; Floro, II.7.11-12; Plut, *Mar.* 22; DC XXXI/XXXV, 104; Plut. *Mar.* 14; Orosio, V.16.14; Vell. II.12.5; Livio, *per.* 68.6; La biografía de Aquilio, Sanford (1950:32), Luce (1970: 187), Ñaco del Hoyo (2014: 409).

19 Cic. *de orat.* II. 194-196; Cayo Aquilio en DS XXXVI. 10.1, *extract. Photii*, p. 536/537. Ap. *Mith.* 57; Cic. *Flaco.* 98; *Verr.* II.5.3; Floro, II.7. 11-12; Quint. *Inst. Or.* II.15.7; Alexander (1990: 44). Para el año 97, Aquilio era ya anciano, Cic. *de orat.* II. 124; 194-196; Livio, *per.* 70.

20 El Mancino nombrado en la embajada de Aquilio pudiera ser el tribuno del 107, T. Manlio Mancino, que propuso que se diera a Mario el mando contra Yugurta, Sal. *Jug.* 73.7, T. J. Luce, *op. cit.* 188; Arrayás Morales (2010-2011: 78 y 81); Torregaray (2009: 127-152). Ap. *Mith.* 11; Just. XXXVIII.3. 4; Magie (1950: vol. I, 208), Broughton (1952: 35).

21 Cic. *Pis.* 48; Caes. *BG* II.29.4; B. Alex. 13.1; Verg. *Aen.* VI. 574. T. J. Luce, *Marius, op. cit.* 186.

el que pudiera pagarle, lo que Nicomedes hizo, devastando Paflagonia —verano del 89—, sin que Mitrídates hiciera nada. Más tarde, los embajadores abandonan las formas pacíficas, y junto a C. Casio y Q. Opio, gobernadores de Asia y Cilicia respectivamente, se ponen al frente de importantes cuerpos de ejércitos, reclutados entre gálatas y frigios, de hasta 40 000 infantes y 4000 jinetes cada uno de ellos, para iniciar la guerra contra Mitrídates. Pero pese a tal fuerza, la campaña militar fue un fracaso total y los ejércitos romanos fueron derrotados, teniendo que desperdigarse y huir para ponerse a salvo. Este es el relato conciso de los actos de esta embajada²².

Consideremos los sucesos citados. Un protocolo ortodoxo de actuación hubiera indicado que una vez concluida la reposición de los monarcas en sus tronos respectivos, la misión habría concluido y la embajada habría regresado a Roma, informado al senado y dejando que éste decidiera los pasos a seguir. En vez de ello, los embajadores se pusieron al frente de ejércitos, que fueron derrotados y puestos en fuga por el enemigo, dejando Bitinia, Frigia, Misia, Licia, Panfilia, parte de Asia y resto de territorios hasta Jonia, en manos de Mitrídates²³. En suma, la actividad de la embajada parece que armonizaba más con la trayectoria e intereses particulares de Aquilio, sin perjuicio de que el relato de sus actos fuese suministrado por el propio Sila en sus memorias, fuente adversa al embajador, que era un reconocido mariano. Aquilio certificó la ausencia de una política de estado sobre Asia, que continuó al servicio de los intereses de personajes como los ya citados²⁴.

Mientras todo esto tenía lugar en Oriente, a mediados del 89, en Italia el curso de la llamada guerra social mejoraba para el senado y los éxitos militares permitían afrontar otros problemas exteriores. Tras la toma de Boviano en Samnium, verano del 89, Sila, legado del cónsul L. Porcio Catón, marcha a Roma para optar al consulado del 88. Las elecciones fueron en noviembre, por lo que siguiendo la *lex Sempronia de provinciis*, Sila una vez obtenida plaza de cónsul, pudo conocer desde

22 El mismo término para designar al diplomático y al militar, Just. XXXVIII.3; Plut. *Mar.* 7.1. Ap. *Mith.* 11. Se da por cierto que Aquilio, el cónsul del 129 entregó la mayor parte de Frigia a Mitrídates V Evergetes probablemente a cambio de dinero, Magie, 1950: vol. I, 154, 208 y 209; Ap. *Mith.* 11; 17; 19. Todas esas cifras de tropas son exageradas (Will, 1967: 401).

23 Las noticias sobre el final de Aquilio también son confusas. Tras la derrota parece que se refugió, enfermo, en Mitilene de Lesbos. La ciudad decidió entregarle a Mitrídates, que lo trasladó a Pérgamo, donde sometido a tormento, murió al verter el capadocio oro fundido en su boca, como símbolo de su avaricia. En esta versión Apiano contrapesa la devastación que supuso la guerra, de la que para el alejandrino fue Aquilio su máximo responsable. Ese modo de morir se considera una anécdota manipulada por Apiano, *Mith.* 21, y hoy se piensa más en el suicidio, propuesto por Diodoro, *fr.* XXXVII, 26-27, Ap. *Mith.* 20; 21; 112. DS XXXVII. *Excerpt. de Virt. et Vit.*, p. 112-113; Athen. V. 213b; V. Max. IX. 13.1, G. Amiotti (1979: 73).

24 Ap. *Mith.* 11; 21; 56, *vid.* nota 3. Aquilio superó ampliamente los límites de sus competencias, G. Amiotti (1979: 72, n. 4).

finales del año 89 su provincia posterior, que era la de Asia y el mando de la guerra contra Mitrídates. Desconocemos si el cumplimiento de la ley fue escrupuloso o no, pero el hecho es que Mario a través del tribuno P. Sulpicio Rufo, reivindicó ese mando para sí mismo, mediante una ley que obtuvo la sanción del senado. Poco después debió llegar a Roma la noticia de la derrota de los ejércitos romanos en Asia y la muerte del embajador Aquilio en Pérgamo²⁵.

Un año después, en verano del 88 la Ciudad pasaba por sus peores momentos de desórdenes y agitación, en la que nadie estaba a salvo. La Ciudad había sufrido toda clase de violencia entre populares y optimates, y el enfrentamiento culminó con la entrada de Sila con su ejército. La captura de Roma dio a Sila el control temporal de la Ciudad que pudo mantener mientras sus soldados ocupaban las calles. Aprobó algunas medidas, que recuperaban otras más antiguas, pero cuando los soldados regresaron a sus campamentos de Campania, volvieron los desórdenes y la violencia de uno y otro bando. Es más, el pueblo y la mayor parte del senado apoyaban a los marianos, cuyos líderes habían sido declarados enemigos públicos y proscritos por Sila, cuando no asesinados, tras la toma de la Ciudad. Aumentaron los sucesos funestos y la propia seguridad de Sila quedó comprometida seriamente, cuando su colega, el cónsul Q. Pompeyo Rufo, fue asesinado por la soldadesca al ir a hacerse cargo del ejército de su *provincia* Italia. Temiendo por su vida, Sila abandonó Roma y se dirigió a Capua, donde tenía estacionado el ejército que se le había asignado para su campaña contra Mitrídates. Detrás dejaba una Roma sumida en el caos, a la espera de que los cónsules electos para el 87, Cn. Octavio y L. Cornelio Cina, de su confianza, se hicieran con la situación²⁶.

En ese mismo tiempo, cumpliendo una orden interna y simultánea del monarca del Ponto para todas las ciudades, fueron ejecutados todos los itálicos residentes —exportadores de productos, comerciantes al por mayor y por menor, agentes de las sociedades de publicanos, veteranos domiciliados, banqueros que prestaban a las ciudades y prestamistas particulares—, acabando con la vida de ochenta mil ciudadanos y sus familias. Finalmente, tras dominar toda Asia, en

25 Y terminada la guerra mársica, dice la fuente, las disensiones intestinas se renovaron en Roma. Muchos ciudadanos distinguidos buscaban el mando del ejército que se iba a mandar contra Mitrídates, por las grandes recompensas que esperaban de esta guerra, DS XXXVII *Excerpt. Photii*, p. 538.-541, Ap. *BC I*. 51. Las provincias se asignaban, no se sorteaban, aunque Plutarco habla de sorteo en el caso de Sila, *Cic. fam.*, I, 7.10; *dom.* IX. 24; *Sal. Yug.* 27.3, Rotondi (1912), Hildesheim (1966: 311). *Cic. prov. cons.* 3; 15; 17; *Balb.* 61; *fam.* I. 7. 10; *dom.* 24; *Sal. Iug.* 27.3; *Vell.* 2.18.4 dice que a Sila le tocó en suerte Asia; *Obseq.* 56; *Diod.* 37.25; *Eutrop.* V.3.3. Para Armidani (1994: 93), Ap. *Mith.* 22; *BC I*. 55. Cagniard (1991: 299, n. 40).

26 Se sumaban los desórdenes provocados por el tribuno Sulpicio Rufo y el asesinato del hijo del cónsul Q. Pompeyo, yerno de Sila, *Plut. Sila*, 8.3.; Cina, en principio junto a Sila, *Plut. Sila*, 10. 3. Matanza de silanos, *Plut. Sila*, 9.1; 10.1-3; *DC XXX/XXXV*. 101. 2; 101. 8-9; Ap. *BC I*. 60; *Mith.* 56; 59; 64.

otoño de ese año Mitridates enviaba una flota para invadir Grecia. A excepción de Rodas que permaneció leal a Roma, cayeron en manos de los generales de Mitridates una parte de las Cicladas, Delos, Eubea y la propia Atenas²⁷.

3. LA CAMPAÑA DE GRECIA

Desde antes de cruzar a Grecia, Apiano expresaba las dificultades con las que Sila emprendía su campaña contra Mitridates. A causa de la reciente guerra social, el erario estaba exhausto y en el momento de asignar dinero para la campaña, el senado tuvo que tomar todos los objetos valiosos que habían pertenecido al rey Numa, una parte de los cuales al venderse arrojaron un peso de nueve mil libras de oro. Se hacía hincapié en que esta cantidad resultaba muy insuficiente para mantener al ejército de Sila.

El estudio de los costes de las legiones ha generado abundante bibliografía, no exenta de polémica. Básicamente, se analizan e interpretan los datos aportados por Polibio, en sus capítulos sobre el ejército, y las cantidades manejadas sin duda van referidos a su tiempo. Las pagas citadas por Polibio eran las de los ejércitos que destruyeron Cartago y Corinto en 146 o el que asedió y tomó Numancia en 133²⁸. En el siglo I a. de C., antes de César, una legión costaba al año millón y medio de denarios. Nueve mil libras de oro, convertidos en plata en una equivalencia de 1:11.91, suponían 107.190 libras de plata, o su equivalente 8.100.000 denarios. Las seis legiones de Sila suponían un gasto de nueve millones, casi un millón más de las 9.000 libras de oro. Con ese dinero, Sila no podía mantener a sus legiones ni siquiera un año. Es posible que en esa situación decidiera contar solo con cinco, cuyo gasto, siete millones y medio de denarios, era asumible con el presupuesto disponible, y dejar en Campania a cargo de Ap. Claudio Pulcro la sexta legión. Con esas cinco legiones embarcó para Grecia. En tiempos de Plutarco y Apiano el coste por legión era algo más elevado, 2.100.000, por lo que estos autores podían asumir como justificadas las quejas de Sila sobre sus finanzas de guerra²⁹.

27 Ap. *BCI*. 56; 57-60; 63; 64; Livio, *per.* 77.1. La invasión de Grecia en otoño del 88, Magie (1950: vol. 1, 163 y 219); Hinds (2006: 145-147). La masacre de itálicos —mejor 80 000 que 150 000, incluso menos— tuvo lugar en primavera y verano del 88, Ap. *Mith.* 22, Plut. *Sull.* 24.2; Vell. II.18. 3; Floro, I. 40.8-9, Scullard (2010: 63); Sarikakis (1976); Badian (1976: 110-111); Sherwin-White (1980); Magie (1950: vol. 1: 216); Brunt (1971: 224-226) no cree posible que fueran tantos los masacros. Ya antes hubo otra masacre de romanos e itálicos en Cirta, año 112, durante la guerra contra Yugurta, Sal. *Iug.* 26-27.

28 En Polibio la paga del legionario era de 112,5 denarios al año, Watson, (1958: 117); Crawford (1985: 637) da 10 800 000 denarios; Pol. VI.20.8; 39.12. Los autores actuales han barajado cifras de 800 000 denarios al año, Shatzman (1975: 270) da 713 550, Rosenstein (2011: 140 y 2020: 104) habla de 634 740, o los 518 400 Gauthier, (2020: 289).

29 Seis legiones, Ap. *BC I* 57; Plut. *Sila*, 9.3, cinco, Ap. *Mith.* 30; Livio, *per.* 79; Vell. II. 20.4. Millón y medio por legión gastaban los ejércitos de Pompeyo en el 67, contra los piratas, y más tarde cuando fue cónsul único en el 52; de Pisón en Macedonia, año 57 y

Apenas dejó Italia, nada pudo evitar que Cina y Mario entraran violentamente en Roma, tal como él mismo había hechos meses antes. La casa de Sila fue demolida, sus propiedades confiscadas, sus amigos, asesinados y él mismo, declarado enemigo público. No podía esperar ninguna ayuda económica de un senado que le era profundamente desafecto. En una situación de carencia de suministros, como afrontó Catón el Censor en Hispania, en el 195, la única salida era abastecerse sobre el terreno, *bellum se ipsum alit*, y eso fue lo que Sila hizo³⁰. El abastecimiento y las pagas se convirtieron en prioridad apenas pisó suelo griego. A tal efecto, antes de pasar él mismo al Epiro, Sila envió por delante a su procuestor L. Licinio Lúculo para que concertara alianzas y compromisos con cuantas ciudades pudiera, y obtener así los apoyos económicos necesarios para la campaña. Firmó acuerdos con tesalios, etolios y algunas islas, que dieron el dinero y las provisiones que permitían a Sila marchar al Atica, donde el general de Mitridates, Arquelao y su aliado el tirano Aristión se habían hecho fuerte en Atenas³¹.

El dinero de los griegos sólo sirvió para mantener al ejército de manera insuficiente, durante su estancia del 87 y 86. Esta circunstancia ponía en evidencia otra realidad, la pobreza general del suelo griego, de cosechas cortas y ganados escasos, insuficientes en muchos casos para la misma población y más aún para alimentar un ejército en campaña de esa magnitud. Pobreza de la que ya se hacía eco Polibio medio siglo antes, y que se confirma cuando tras tomar Atenas, después de un asedio de seis o siete meses, Sila abandonó con rapidez ese territorio, que calificaba como devastado y empobrecido. La ciudad aportó el exiguo botín de 40 libras de oro y 200 de plata, más lo que pudiera sacar por la venta de los cautivos. No se menciona rastro alguno del tesoro sagrado de Delos, que Arquelao, el lugarteniente de Mitridates, en verano del 89 tomó tras

de L. Enobarbo en el 49, Ap. *Mith.* 84; 94; Caes. *BC I.* 23. 4; Cic. *Pis.* 86, Plut. *Pomp.* 52; 55; Brunt (1971: 456-457 y 469); Crawford (1985: vol. II, 696, *Coinage*, vol. II, *op. cit.* 696. Desde Mario la legión tenía unos 6.200, Festus, 453L; Serv. *Aen.* VII.274.1-2. J. Roth, (1994), 348; 6.622 soldados por legión, MacMullen (1984: 571-80). Con Domiciano, el soldado cobraba 300 denarios al año, en tres pagas, y los centuriones, 5.000, lo que suponían 2.100.000, DC 67.3, añadió un cuarto *stipendium*, Suet. *Dom.* 7.3, R. Alston, (1994: 114), Brunt (1950: 71).

³⁰ DC XXX/XXXV. 102; Ap. *BC I.* 57; 58; 63; 64; 71; 81; *Mith.* 22; 30; declarados *hostes* de la República, los marianos procedieron a cortar los suministros, Ap. *Mith.* 54; Paus. IX.7 5. Livio, XXXIV.9.12, M. R. Rostovzeff (1967: 1058), Rosenstein (2016: 114-130).

³¹ Lúculo había servido a Sila desde el 89, como tribuno militar y como cuestor en el 88, Plut. *Luc.* 21. Ap. *Mith.* 29; 30; isla de Cos, Tac. *Ann.* XII. 62. Varios generales de Mitridates desembarcaron en Grecia en otoño del 88, Magie, *Roman Rule*, vol. I, *op. cit.* 219. Sobre todo, Sila encargó a su cuestor reunir la flota que no tenía y le impedía tanto moverse hacia Asia con rapidez como enfrentarse por mar a los barcos del monarca. La obtuvo de Chipre, Fenicia, Rodas y Panfilia, Ap. *Mith.* 56.

masacrar a toda la población de la isla, y que trasladó a Atenas con ayuda de su aliado Aristión y una escolta de dos mil soldados. Por su parte Plutarco culpaba a Sila de su propia penuria, provocada por el modo en que había tomado la ciudad. Escribe el de Queronea que habiendo mantenido el asedio para rendirla por hambre, lo que suponía un gasto mínimo para Sila, no esperó a que ésta hiciera su efecto sino que se precipitó asaltando la ciudad. Ello supuso gastos, combates y peligros innecesarios, pues sólo las máquinas empleadas necesitaban diez mil pares de mulas cada día para ese servicio. Y todo ello por su deseo de volver pronto a Roma³².

Sin perspectivas de recibir dinero de Roma y con las ciudades griegas exhaustas, estando en Beocia Sila recurre al tesoro de los principales santuarios griegos, situados en Epidauro, Olimpia y Delfos. Tomar los tesoros de los dioses y fundirlos para producir las pagas de las tropas, no fue práctica exclusiva de Sila, aunque en éste contrastaba su arrebatada devoción y temor a los dioses, y la fría impasibilidad con la que perpetraba los robos de sus residencias. En el 82 los cónsules C. Mario y Cn. Carbón ordenaron fundir todo el oro y la plata que adornaban los templos para que no faltase el dinero de las pagas de los soldados. Antes, durante la campaña anterior, Sila donó a Atenas una estatua de Dioniso, esculpida por Mirón, que previamente había robado en Orcómeno, igual que la estatua de Atenea, que se llevó de Alalcomenas, al sur de la anterior, practicando lo que los griegos llaman adorar a los dioses con incienso ajeno³³.

Olimpia fue el que más frutos dio, porque la mayoría de los objetos preciosos de Delfos habían sido tomados antes por los focios en la Guerra Santa. Ordenó a su procustor Lúculo que convirtiera en moneda todos estos tesoros, que usaría para los gastos de las guerras que iban a estallar en Italia, dice una fuente, o situando el suceso poco antes, los gastó en la campaña de Atenas y El Pireo, según otra. Escribe Plutarco que pese a lo anterior, Sila aseguró a los custodios de los santuarios que los bienes sagrados los tomaba prestados, para protegerlos de cualquier peligro y que en caso de que los llegara a utilizar, les devolvería su valor equivalente. Así, el romano consagró a estos dioses la mitad del territorio

32 La Grecia de Polibio, despoblada e improductiva, Pol. XXXVI.17. 5. Sila deja el Atica, estéril y sin abastos, Plut. *Sila*, 15.2-3. El asedio y toma de Atenas y El Pireo son descritos minuciosamente en Apiano, cuyo relato ocupa nada menos que once capítulos, narrado en el libro X de los *commentarii*, y en Plutarco, menos extenso, pero aun así con tres capítulos, Ap. *Mith.* 30-41; Plut. *Sila*, 12-14. Ap. *Mith.* 28; 34; 39; Plut. *Sila*, XIV.6; Livio, *per.* 81.1; Paus. IV.23.4. El botín equivalía a unos ochenta mil denarios, una cantidad exigua para las expectativas. Sila carecía de barcos, comida, pienso para los caballos, transportes, cuarteles, material de construcción, vestidos, zapatos, armaduras y armas, Rostovzeff (1967: vol. II, 1058), Magie (1950, vol. I, 219; Cornell (Ed.) (2013: 296). La importancia de Delos, Ñaco del Hoyo, Antela-Bernárdez, Arrayás-Morales y Busquets-Artigas (2011: 298); Rostovzeff (1967, vol. II, 1058).

33 V. Max. VII.6.3; Paus, IX. 30.1; 33.6.

de Tebas, cuyo usufructo asignó a los anfictiones. Todas estas riquezas ya estaban gastadas cuando a fines de 86 Sila negociaba las condiciones generales de un pacto con Arquelao. La precariedad persistió al menos hasta la firma final del acuerdo con el monarca, en primavera del 85, como vemos de una noticia de tiempos de Tiberio, cuando una embajada de Esmirna que solicitaba ser sede del templo que se pensaba erigir en honor al emperador y su madre, alegaba como mérito la ayuda que la ciudad había dispensado a Sila, cuando éste se encontraba en situación angustiosa por la aspereza del invierno y la falta de ropa adecuada, acaso en el invierno del 86/5, y sabido esto en la asamblea de Esmirna, todos los presentes se habían quitado los vestidos y los habían enviado a nuestras legiones³⁴.

Pensamos que la campaña de Grecia obligó a Sila a revisar su proyecto inicial. La captura de Atenas y luego de El Pireo fueron éxitos más sonados que provechosos, y las posteriores batallas de Queronea y Orcómeno, en Beocia, éxitos militares extensamente descritos —Orcómeno más sucintamente— y subrayados por el propio Sila en sus memorias, no dieron al romano los beneficios económicos esperados. Fueron sin duda, y pese a los excesos retóricos, grandes victorias militares, pero no sacaron al ejército de la precariedad en que se encontraba desde su desembarco en Grecia y no aportaron fondos con vistas a su regreso a Italia. De modo que Sila, que desde el principio había considerado que Asia le iba resultar muy lucrativa, sentimiento que su ejército compartía, debía pasar a esa región, controlada en gran parte por el monarca e inseguro de los apoyos que pudiera recabar, cuyo dominio no era viable si se planeaba como una operación abreviada³⁵.

Los hechos que movieron a Sila a buscar un acuerdo ocurrieron mientras estaba en Beocia. Después de Orcómeno, Sila devastó otras tres ciudades beocias, Antedon, Larimna y Halas, dejándolas inhabitables, y recibió a senadores —entre

34 Ap. *Mith.* 28; 38; 39; 54; Plut. *Sila*, 12.3-4; 19.6; *Luc.* II. 2; DS XXXVIII-XXXIX. *Excerpt. de Virt. et Vit.*, p. 614-615. Plutarco critica la acción de Sila con la riqueza de los templos, y le compara con la conducta de generales de antaño, como T. Flaminio, Manio Acilio o Emilio Paulo, Plut. *Sila*, 12. Tac. *ann.* IV. 56.2, invierno del 85/84, en la campaña contra Fimbria, *FRH*, III, 298; los tesoros de Apolo ya no estaban en Delfos, pues se los habían llevado anteriormente los de Phocis, DS *fr.* 38; Keaveney (2003: 16 y sigs.). Esa moneda, llamada luculeya, circuló por el Peloponeso durante la Guerra, Plut. *Luc.* 2.2. Se apropia de las riquezas de los santuarios de Asclepios en Epidaurro, Apolo en Delfos y Zeus en Olimpia, con el pretexto de custodiarlas y restituirlas más adelante, pero de hecho se las queda para sí, asignando a esos santuarios como pago las rentas de la mitad del territorio que Roma tomó a los tebanos, Ap. *Mith.* 30; 54; Plut. *Sila*, 12. 3-4; 19.6; 22.3. Flaco atravesaba el Mar Jónico tras Queronea y antes de Orcómeno, Plut. *Sila*, 20.1; Hill (1946: 39).

35 El Pireo, Beocia, Tesalia y llegada de refuerzos del rey, Ap. *BC I.* 57; *Mith.* 31; 40; 41; Plut. *Sila*, 14.7; Gell. XV.1.4-7. Queronea y Orcómeno, primavera/verano del 86. Plut. *Sila*, 15-19; 21, Ap. *Mith.* 41; 42-45 y 49-50; Eutrop. V. 6. 2. En Queronea el romano hizo muchos prisioneros de guerra y gran cantidad de armas y botín, que no se cuantifica. Con todas las cosas inútiles dice Apiano que hizo un montón y las quemó, en honor de los dioses romanos de la guerra. Ap. *Mith.* 41; 45.

ellos iba Q. Metelo Pío, el futuro cónsul del 80— que pudieron escapar de la represión organizada en Roma por los marianos. Sila supo ahora de la destrucción de su propia casa, de la huida de su mujer, Cecilia Metela y de sus hijos. Eran tantos los senadores huidos que podían constituir un auténtico senado en campaña. Pedían y presionaban a Sila para que regresase a Roma y salvara cuanto pudiese. Ante el dilema de volver o seguir, Sila se puso en manos de la providencia, como confesaba que hacía siempre antes de tomar decisiones importantes. Para Plutarco, fueron las noticias que le llegaban de Roma lo que movió a Sila a acabar la guerra y regresar, para lo cual, indicaba Estrabón, debía ponerse de acuerdo con Mitrídates. Además, desde la batalla de Queronea, tenía noticias de la llegada a Grecia de L. Valerio Flaco, el cónsul nombrado en enero del 86 para sustituir al fallecido Mario, al que una ley del tribuno Sulpicio Rufo le había asignado el mando de la guerra contra Mitrídates, quitándoselo a Sila. Flaco acababa de atravesar el Jónico y venía con la misma *provincia* de Sila. Pese a que sólo traía dos legiones frente a las cinco de Sila, éste quería evitar el choque. No le interesaba distraer fuerzas y dinero en una guerra contra el nuevo cónsul, de la que él único beneficiado sería Mitrídates, ni compartir el fruto de un posible acuerdo que pudiese plantear al monarca. Sila maniobró con poco éxito para atraerse a los soldados de Flaco sembrando el desánimo en sus filas, por lo que se limitó a vigilar sus movimientos. De hecho, tampoco Flaco buscó el choque, dirigiéndose al norte de Grecia con la intención de pasar a Asia, contra Mitrídates³⁶.

4. ARQUELAO Y MITRÍDATES

Sila tenía que hacer llegar al rey su intención de pactar, sin que ello pudiera interpretarse como muestra de debilidad o claudicación, haciendo valer la superioridad militar obtenida en Atenas, pero sobre todo en Queronea y Orcómeno. La fórmula debía ser a través de alguien que, por haber sido testigo de su fortaleza y superioridad, conociera su calidad como adversario, al tiempo de que por su cercanía a Mitrídates, supiera influirle sobre los deseos del adversario y la solvencia de su autoridad y fuerza. Necesitaba encontrar al intermediario necesario, un buen muñidor que estableciera el puente entre él y el monarca, e inclinara al mismo tiempo la balanza hacia los intereses del romano.

36 Una parte del ejército de Flaco desertó a Sila, y de su flota, parte fue hundida por una tempestad y parte destruida por las tropas de Mitrídates, Ap. *Mith.* 51. Ap. *Mith.* 54; 73. Plut. *Sila*, 22.1; 23.2; 26.3, sitúa la llegada de senadores a Grecia en el consulado de Cina y Carbón, lo que no es sino hasta el 85. Vell. II.23.3. Orosio, V. 20.1; Ap. *Mith.* 54; 55; Plut. *Sila* 22.2; Str. XIII.1.28; Eutrop. V. 7. 3; DC XXX/XXXV. 106; Cornell (Ed.), 2013: 23, 297. Sila en seguida se hizo con el dominio de las demás ciudades, que le mandaron embajadas de negociación y le requerían. Plut. *Sila*, 12.1; 20.1; 22.1; Ap. *Mith.* 49; 51. El dinero era el nervio de la guerra, Cic. *phil.* V.2.5.

Sila creía conocer al mejor candidato para ello, y como solía hacer con todas las decisiones importantes que tomaba, explicaba éstas como algo ajeno a su persona, algo que le había sido inspirado por la Fortuna, manifestada a través de un sueño, una aparición imprevista o un intermediario que actuaba como mensajero. No era Sila quien decidía algo, sino la divinidad que se manifestaba en uno u otro sentido, y él se limitaba a cumplir el mandato divino, de modo que su responsabilidad quedaba bien delimitada. Este es el argumento ideado para justificar sus intenciones. Según Plutarco, Sila aseguraba en sus memorias que tras Orcómeno, un comerciante de nombre Arquelao (*sic*) le comunicó que el general de Mitrídates, del mismo nombre, al que conocía por haber sido su adversario en todas sus victorias en Grecia, le había encargado que le transmitiera su deseo de entrevistarse con él. De este modo, cualquier futuro acuerdo había sido fruto de la iniciativa resignada del monarca³⁷.

Arquelao, general capadocio de Mitrídates, se había enfrentado a Sila en Atenas, El Pireo, Queronea y Orcómeno, episodios a los que Plutarco y Apiano dedican una extensión monográfica de detalle, siguiendo el relato de Sila en sus *commentarii*. Es Sila por tanto quien da testimonio de estos sucesos, y de aquellos combates se destaca el choque de estrategias, habilidades e ingenios entre ambos generales, dejando un sedimento de respeto y admiración que casaba mal con la animosidad que debiera esperarse entre enemigos. En suma, los hechos descritos apuntaban a que Sila, después de combatirle, se había formado una buena opinión de Arquelao. Gran táctico, astuto y diestro, Arquelao era un formidable adversario. Se perfilaba como el socio leal, el intermediario de amplia visión como estadista, al tiempo de cercano e influyente sobre el monarca, al que debía convencer de las ventajas de aceptar sus propuestas sobre el fin de la guerra, con bien para todos³⁸.

37 Plut. *Sila*, 22.2-3. Como enemigo que era de la patria, Sila no había recibido ni dinero ni ninguna otra cosa desde la patria y... «dado que tenía prisa por conducir a su ejército íntegro e intacto contra la facción rival, accedió a poner fin a la guerra», Ap. *Mith.* 54. Un augur profetizó que sólo un varón excelente podría acabar con la guerra mársica, y que alguien como él estaba destinado a ser el primero. Interrumpía su marcha hacia Italia con paradas intermitentes —en Apolonia, Tarento, Campania— para consultar el signo positivo o negativo de los siguientes pasos a dar. En el libro X de sus *commentarii*, la victoria de Orcomeno fue profetizada a través de un comerciante, y después un soldado le anunció de parte del dios cuál iba a ser el final de los sucesos de Italia. Desde Lebadea y Trofonio fueron llegando oráculos propicios y premoniciones de victoria de Sila en Queronea, Plut. *Sila*, 17.1-2; 22.2.

38 Arquelao de Capadocia, uno de los generales de Mitrídates, va a ser la cara visible del monarca en su enfrentamiento con Sila. Adversario, intermediario y negociador, finalmente amigo y aliado de Sila, juega el papel de mediador entre éste y Mitrídates. Se le cita activo hasta su muerte en el 55, pero son mayoría los que se piensan que después de Pompeyo, el citado sólo podía ser el hijo del mismo nombre, Plut. *Mar.* 34; *Sila*, 22; 23; *Luc.* 11; Ap. *Mith.* 17-18; V. Max. IX.1.6; IV 2, 4; Cic. *Rab. Post.* VIII.20; Livio, *per.* 105.4, 56/54 a.C. Forzosamente, las negociaciones con Mitrídates son posteriores al libro

La buena relación con el general capadocio se manifestó ya tras el asedio y toma de Atenas y El Pireo, en marzo del 86. Desde ese momento hasta su entrevista a comienzos del otoño, Sila toma decisiones que no serían las que podría esperarse de un vencedor hacia su sometido. Y esta buena disposición hacia el adversario se amplía a Mitrídates, cuando éste se avino a asumir el pacto en los términos que Arquelao había fijado con el romano. Ya hubo rumores de una traición amañada en Queronea, donde se produjeron episodios cuando menos extraños a la lógica del combate. En uno de ellos Arquelao cierra el campamento a sus aliados, que venían huyendo, y les impide ponerse a salvo de los romanos durante un tiempo que fue crucial, para que éstos se hicieran con la victoria. De hecho antes de esta batalla fueron otros generales de Mitrídates los que obligaron a Arquelao a combatir, pues se mostraba renuente a desplegar las tropas, y al final de la misma se rumoreaba que las abultadas bajas entre los asiáticos sólo podían haber sido causadas por una traición. En Orcómeno, se produce la oscura decisión de Arquelao de intentar disuadir al general Dorilao, que había llegado desde Asia con ochenta mil hombres para enfrentarse al romano, de atacar a Sila y éste a su vez insiste a Dorilao en lo mismo, en un texto ciertamente confuso³⁹.

Pero hay más muestras de simpatía de Sila hacia Arquelao. Tras la toma de Atenas a sangre y fuego, después de varios meses de asedio, Sila respetó la vida de los amigos de Mitrídates apresados, excepto la de Aristión, aliado de Arquelao, el filósofo y tirano de la ciudad, al que asesinó con unas hierbas, para complacer a Arquelao, con el que el griego se había enemistado. La fuente más crítica asegura que poco después Sila regaló a Arquelao diez mil *plethra* de tierra en Eubea, equivalente a unos 16.187 *iugera*, un verdadero latifundio en la isla. Le trató como socio y amigo del pueblo romano llevándole en su comitiva, cuando marchó al norte de Grecia como un miembro más de su cuadro de oficiales, y habiendo enfermado Arquelao durante este viaje, Sila se detuvo en Larisa, capital de Tesalia, y allí le cuidó como hubiera hecho con cualquiera de sus oficiales, esperando a que se restableciera⁴⁰.

Esta indulgencia del romano alcanzó igualmente al monarca del Ponto. En la isla de Lesbos se produjo un suceso significativo. Huyendo de C. Flavio Fimbria,

X y anteriores al último, el XXII, por tanto Libro X-XXI. Plut. *Sila*, 23. 1-3; Sal. *Hist.* IV. 69. 12. Carta de Mitrídates al rey Arsaces; Ap. *Mith.* 64.

39 Plut. *Sila*, 15.1; 16.2; 19.4; 20.1-3; Ap. *Mith.* 43; 44; 45; 45; 49; Eutrop. V. 6. 2; 7. 4; 8.1; Ap. *Mith.* 44; Sal. *Hist.* IV. 69. 12. Carta de Mitrídates al rey Arsaces; Plut. *Sila*, 12.9; 20.2-3. Igualmente, se alaba el valor y la gloria con que un hijo de Mitrídates, Diógenes, luchó y murió en La batalla, Plut. *Sila* 21.3. Finalmente Arquelao huyó al lado de Murena, Ap. *Mith.* 64. La multa de Sila a Mitrídates, acaso como gastos de guerra, Plut. *Sila*, 22.5; 25.2. El sospechoso trato de Sila hacia Arquelao, las sospechas de connivencia, en Thein (2014: 176).

40 Ap. *Mith.* 39; 54; Plut. *Sila*, 23.1-2,

el legado rebelde de L. Flaco, que le hostigaba, Mitrídates acabó refugiándose en Mitilene de Lesbos, año 85. Al carecer de barcos, Fimbria detuvo su persecución en la costa frente a la isla y pidió ayuda naval a Lúculo, el procuestor de Sila. Aquel se los negó, lo que permitió a Mitrídates huir y refugiarse en el Ponto. Las fuentes justificaron tal decisión como una muestra de fidelidad a Sila, al no apoyar a un ser tan depravado como Fimbria, o por querer reservarse Sila el final de Mitrídates. Para Plutarco la realidad es que aquella decisión prolongó la guerra, añadiendo más males a los existentes. Con un acuerdo ya alcanzado entre Arquelao y Sila, la captura o muerte del monarca a manos de Fimbria habría supuesto el fin de la guerra, diluía el pacto previo y otorgaba todo el mérito de la victoria final a un legado ya rehabilitado por el senado de su anterior crimen. Sila vería disiparse todo el esfuerzo desplegado hasta ahora y tendría que dar por perdido el beneficio de regresar a Italia como triunfador sobre el rey rebelde. Por lo demás, sin duda el suceso de Mitilene aumentaba las sospechas de traición. Para borrarlas, la fuente informa de hasta tres actuaciones posteriores que debían despejar cualquier duda sobre la lealtad del procuestor, y por ende, de Sila. Al poco de la huida de Mitrídates de Lesbos, Lúculo derrotó a la flota del rey en Lecto, Tróade, y poco después, puso en fuga a Neoptólemo, que guiaba la flota del rey. Después, atacó con la flota a Mitilene, la aliada del rey, tomando la ciudad y haciendo siete mil prisioneros y un botín incalculable⁴¹.

Hay otros datos sobre el deseo de Sila de no compartir el posible éxito de la campaña, manifestado desde su comienzo. Apenas llegado a Grecia en busca de alianzas, el procuestor Lúculo se encontró con C. Bretio Sura, legado del propretor de Macedonia, C. Sentio Saturnino, que se enfrentaba a Arquelao y Metrófanos, generales de Mitrídates, a los que a fines del 88 el legado había derrotado ya tres veces, la última no lejos de Queronea, hasta obligarles a retirarse y a embarcar de nuevo. Pero Bretio no pudo aprovechar esta ventaja pues el procuestor le ordenó suspender todas las operaciones y retirarse a Macedonia ante la llegada del nuevo procónsul que asumiría el mando. Un legado exitoso podía empañar los futuros triunfos del procónsul, por lo que Sila zanjaba así cualquier duda sobre su esfera de mando, por lo ambiguo de su *provincia*, Asia y la guerra contra Mitrídates, que incluía cualquier territorio donde el monarca tuviese tropas. Se optaba por desaprovechar la ventaja militar de un enemigo en retirada, a la eventualidad de tener que compartir el botín y el éxito⁴².

Las negociaciones entre Arquelao, Sila y Mitrídates son parte del relato del propio Sila, transmitido por Plutarco y Apiano. Este fue elaborado para mayor gloria y relieve de las hazañas de su autor, por lo que no es necesario volver a insistir

41 Ap. *Mith.* 52; Plut. *Luc.* 3.6-8; 4.2-4; *Sila*, 24; Cic. *Man.* 8; *Mur.* 32.

42 Ap. *BC I* 55; *Mith.* 22; 29; Plut. *Sila*, 11. 4-5. Braetio, en C. T. Brennan, (1999), vol. 2, 525; Ap. *Mith.* 29; Ballesteros Pastor (1996: 106), Naco del Hoyo (2012: 49).

sobre las exageraciones, falsedades e invenciones con que se adornaron los hechos. De modo que con estos datos, podemos aceptar que hubo una negociación que puso fin de momento a la guerra, que fruto de esta misma negociación fue un acuerdo o pacto verbal, pero no escrito, al menos hasta cuatro años después, cuando puso der ratificado en el senado⁴³.

Respecto a los pormenores narrados en las entrevistas de los tres militares, las propuestas y los discursos de unos y otros, no pasan de ser una escenificación épica y retórica de las razones argüidas por el vencedor. El argumento transmitido fue, básicamente, como sigue. Sila, conciliador y clemente, ofrece a Arquelao condiciones asumibles desde la perspectiva de quien ha derrotado por dos veces a su interlocutor. Este las estima humillantes e inadmisibles y las rechaza. Entonces el romano abandona su clemencia, su lenguaje indulgente y tolerante, y recuerda al capadocio su vil condición de esclavo y sometido, y le amenaza con extender su ruina. La postura de fuerza de Sila se impone y Arquelao se compromete a convencer a Mitridates de las ventajas del acuerdo⁴⁴.

La retórica del vencedor despejaba cualquier duda sobre la bondad de lo pactado. El acuerdo, supuestamente solicitado por un Arquelao postrado y quejumbroso, era producto del deseo de la divinidad y correspondía a lo que merecía el capadocio como el miserable siervo que era. Plutarco, siguiendo igualmente a Sila, aseguraba que a cambio Arquelao le ofreció dinero, naves y cuanta tropa le hiciera falta para que volviera a la guerra que tenía abierta en Roma. De esta forma, quedaba justificado el posible acuerdo ante el objetivo superior de tener las manos libres para volver y liberar a la patria de sus enemigos⁴⁵.

Arquelao marchó a Asia, y en el *interim*, a la espera de su regreso con noticias de Mitridates, Sila invade la Media y regresa luego a Macedonia⁴⁶. En Filipos, nordeste de Macedonia, no lejos de Tracia, Sila recibe de nuevo a Arquelao con la respuesta del monarca sobre sus propuestas. El capadocio le comunicó

43 El tratado fue sólo un compromiso verbal, de nula validez, hasta noviembre del 82 en que un decreto del senado revalidó todas las disposiciones aprobadas por Sila mientras fue cónsul y procónsul. De hecho, Dárdano sólo significó una pausa en la guerra, que se consideraba inacabada y así apenas salió Sila de Grecia, volvió a reanudarse a iniciativa del legado de Sila, L. Licinio Murena. De esta manera, Sila tuvo que enviar a Aulo Gabinio para obligar a Murena, que hostilizaba a Mitridates, a cumplir el tratado. Ese fue el argumento del legado Lucio Murena para continuar las hostilidades, pese a la negativa de Sila a que lo hiciera. Pese a ello, advirtió a Murena de no guerrear, a través de Aulo Gabinio, Ap. *Mith.* 64; 65; 66; 70; BC I.97.

44 Ap. *Mith.* 54/58; Plut. *Sila.* 22. 3-5; 24.1-3.

45 El tratado revertía la situación al *status quo* previo al 89. Los argumentos de Mitridates en Dárdano: antigua amistad de su padre con los romanos; perder Capadocia a manos de Ariobárzanes; perder Frigia; los agravios de Nicomedes; la avaricia de los magistrados romanos. Todo lo hizo por necesidad, Ap. *Mith.* 55-58; Plut. *Sila.* 22.5; 23.4; 24.3.

46 Parece que era una región de Tracia, o un error de transcripción o del copista.

que el monarca había acogido favorablemente los puntos de vistas del romano, pero que deseaba tratar con él personalmente. Para Mitridates, una nueva circunstancia podía haber influido para propiciar el acuerdo. L. Valerio Flaco, el nuevo procónsul enviado por Roma, había sido asesinado por su legado C. Flavio Fimbria en Bizancio, a fines del 86, y se había puesto al frente del ejército. De inmediato, el legado había emprendido la guerra contra el del Ponto en los primeros meses del 85, y tras infligirle algunas derrotas le había obligado a huir a posiciones más seguras. Ante esta adversa situación, el rey no podía mantener dos frentes abiertos y optaba por cerrar un pacto con Sila. Los sucesos de Mitilene ya han sido aludidos anterioremente⁴⁷.

Finalmente, Sila y Mitridates se encontraron en Dárdano, Troade, a finales del verano del 85. Según el relato del propio Sila, elevando el tono arrogante e intransigente ya antes exhibido, el rey no podía rechazar el pacto porque pese a sus falaces reivindicaciones, las repetidas y severas derrotas sufridas no le dejaban más salida que ratificar las condiciones que se le proponían. Todo el artificio literario, ampuloso y excesivo, va dirigido a amplificar su éxito. En el encuentro ambos estadistas se extendieron en los discursos que supuestamente pronunciaron, con la exposición de los respectivos argumentos, hasta que la lógica del vencedor se impuso y Mitridates aceptó todas las condiciones⁴⁸. El monarca devolvería todos los prisioneros, desertores, y poblaciones deportadas al Ponto, se retiraría a los límites territoriales previos a la guerra, después de entregar setenta barcos, y pagaría dos mil talentos por los gastos de la guerra, una décima parte de lo que Sila exigiría después a los asiáticos⁴⁹. En suma, las suaves condiciones pactadas

47 Plut. *Sila*, 23. Fimbria logró victorias contra las tropas y ciudades afectas a Mitridates en Bitinia, Nicomedia, Cycico, río Rhyndaco, castigando a los seguidores del monarca y devastando el territorio, hasta la brutal toma de Ilium (Hinds, 2006: 160), 160. Tomó Pérgamo e Ilium y recuperó gran parte de Asia, Livio, *per.* 83.1-2; Fimbria quiso quitar la victoria a Sila (Ballesteros Pastor, 1996: 101). Plut. *Sila*, 23.6 pensaba que Mitridates prefería ser aliado de Sila y no exponerse a Fimbria. L. Valerio Flaco, cónsul del 86, ya había estado en Asia como propretor en 92/91, e igualmente su hermano C. Valerio Flaco, el cónsul del 93 y propretor de Asia hacia el 95. Ap. *Mith.* 51; Plut. *Sila*, 20.1; *Luc.* 8 (Magie, 1950: vol. I, 222; Konrad, 2006: 181).

48 Arquelao se echó a los pies del romano y aceptó sus propuestas: salida de Asia, Paflogonia, Bitinia (para Nicomedes) y Capadocia (para Ariobárzanes); pago de dos mil talentos —tres mil en Memnon, *FGrH* 434 F 25—, como devolución de la suma pedida por Zenobio de Quíos, a los quitas para Mitridates, y entrega de setenta naves, Plut. *Sila*, 20.5; 22.3; 23.4; Ap. *Mith.* 47; 54. La representación del encuentro, con la presunta declamación de Sila ante el capadocio sometido, encaja con su conocida afición a la escena y a relacionarse con los gesticulantes actores del mimo y de teatro en general, como Q. Roscio Galo y otros de consideración más baja para escándalo de quienes lo consideraban impropio de su edad y posición social, Plut. *Sila* II.2; V. Max. VIII.7.7.

49 El acuerdo fue más una transacción o arreglo que un tratado, con condiciones muy blandas, en términos realmente indulgentes, Floro, I.40. 11; Ap. *BC* I. 75 (Konrad, 2006: 181). El pacto

no conciliaban con las severas amenazas e injurias que presidieron el encuentro. Mitrídates seguía conservando todo su reino —pese a Ap. *BC I*. 76/77— y la riqueza reunida durante los más de veinte años en que había dominado a Asia. La historiografía posterior a Sila se hizo eco del recelo y disgusto con que el pacto fue acogido. Apenas se conoció su contenido un malestar y una desconfianza se extendió en el ejército. No era éste el pacto que se debía esperar de quien había infligido varias derrotas y causado más de cien mil bajas a un enemigo, que a su vez había provocado la muerte de decenas de miles de romanos e itálicos y la devastación y ruina durante cinco años de toda la provincia de Asia. A estas inaceptables condiciones del armisticio se sumaban las suspicacias originadas en las batallas de Beocia, el trato y los regalos que Sila dispensó al capadocio, y a la escasa combatividad de Sila hacia Mitrídates. Para Cicerón, por no añadir más, Sila había dejado escapar a Mitrídates, que se había lanzado en guerra contra toda Asia, y para Diodoro de Sicilia no había mayor impostura por parte de Sila que haber convertido a Mitrídates en su aliado. Apiano, elogioso e ocasiones de los éxitos del romano, es tan sugerente como lacónico cuando sentencia que Sila solventó con rapidez la guerra de Mitrídates⁵⁰

Tras el acuerdo Sila liberó a las ciudades que habían apoyado su causa y las consideró amigas del pueblo romano. El respeto de Sila por lo acordado duró poco más que el tiempo del encuentro entre ambos mandatarios. Al poco ordenó el regreso a su primitiva condición a los esclavos liberados por Mitrídates y como algunas ciudades se rebelaron, por pretextos diversos se sucedieron matanzas en masa de hombres libres y esclavos, las murallas de muchas ciudades fueron destruidas, la población de otras fue esclavizada y sus territorios, devastados. Tampoco defendió a la provincia de los piratas, y cuando salió de ella, dejó la provincia, desangrada y en bancarrota, al capricho de un legado frívolo e imprudente, Lucius Licinius Murena. Para Sila Dárdano fue el pretexto que

revertía la situación al *status quo* previo al 89. Los argumentos de Mitrídates en Dárdano: antigua amistad de su padre con los romanos; perder Capadocia a manos de Ariobárzanes; perder Frigia; los agravios de Nicomedes; la avaricia de los magistrados romanos. Todo lo hizo por necesidad, Ap. *Mith.* 55-58; Plut. *Sila*, 22.5; 24.3.

50 Arquelao rehuía el enfrentamiento con Sila y pretendía limitarse a dejar pasar lo acontecimientos, Plut. *Sila*, 12.9; 15.1; 19.4; 20.1-3; 24.3-4; Ap. *Mith.* I. 76; 43; 44; 45; 45; 49; Eutrop. V. 6. 2; 7. 4; 8.1; DS XXXVIII/XXXIX, *Excerpt. Vatican.*, p. 125. Mitrídates culpa a Arquelao de traición, por entregar al ejército al enemigo. Carta de Mitrídates al rey Arsaces, Sal. *Hist.* IV. 69. 12; Plut. *Luc.* 8.4. En Queronea, son los otros generales de Mitrídates los que obligan a Arquelao a desplegar las tropas, Plut. *Sila*, 16.2. La multa de Sila a Mitrídates, acaso como gastos de guerra, Plut. *Sila*, 22.5; 24. 3-4; 25.2; Cic. *Mur.* 32; DS XXXVIII/XXXIX, *Excerpt. Vatican.*, p. 125. Mitrídates culpa a Arquelao de traición, por entregar al ejército al enemigo. Ap. *Mith.* 64. Arquelao había desertado y peleaba junto a los romanos, Plut. *Luc.* 8.4.

necesitaba para acabar la guerra y sacar el dinero que necesitaba para Italia. Pues tanto en Asia como luego en Italia, Sila aplicaba el mismo castigo a sus enemigos⁵¹.

5. EL DINERO DE ASIA

Tras Dárdano, aún en el 85, Sila convocó a las autoridades de las ciudades de Asia a Efeso y les comunicó la imposición del pago de 20.000 talentos (120 000 000 denarios), cifra resultante de sumar los impuestos impagados de los últimos cinco años, los gastos de la guerra y de reorganización de la provincia. Dividió la provincia en cuarenta y cuatro distritos, asignando una cantidad a cada uno y fijó un día determinado para hacerla efectiva, anunciando que castigaría como a enemigos a quienes no cumplieran con su obligación. Sila cargó además sobre esas mismas ciudades el hospedaje de las tropas en el invierno del 85/84, obligando a que se diera un tetradracma diario a cada soldado alojado, además de comida para ellos y a cuantos amigos llevaran con ellos, y cincuenta dracmas diarias para cada oficial, además de todo el vestido que necesitaran. Y Apiano indica que de este modo se reunió y llevó el dinero a Sila, y Asia quedó saturada de males. Pero otros datos muestran que los hechos no se resolvieron así⁵².

Decíamos *supra* que, pese a las garantías que rodearon a la recaudación de la multa, el hecho es que el sistema no funcionó al nivel deseado. Los veinte mil talentos no se recaudaron en el tiempo previsto, como aseguraba Apiano. Lúculo, el procuestor de Sila, a quien éste encargó de la recaudación, continuó en Asia hasta el 80, no participando en la campaña de Italia. Al estar empobrecidas las ciudades por el expolio de cinco años de dominio de Mitridates, para poder pagar suscribieron préstamos con publicanos y prestamistas romanos, con tales intereses que en el 71, trece años después, la deuda se elevó a 120 000 talentos⁵³. Las ciudades tuvieron que hipotecar teatros, gimnasios, murallas, puertas, ofrendas, inscripciones, estatuas y cualquier otra propiedad pública, llegando los particulares a vender como esclavos a sus hijas e hijos⁵⁴.

51 Sila advirtió a Murena de no guerrear, a través de Aulo Gabinio. El resto de los asuntos, como los repetidos asaltos de los piratas a las ciudades y santuarios costeros, o los imprudentes planes del legado a quien dejaba al mando de una provincia devastada y en bancarota, L. Murena, no llamaron la atención del romano, Ap. *Mith.* 61; 63; 64 (Magie, 1950: vol. 1, 240).

52 Casiod, *chron.* 670; Ap. *Mith.* 62; 63; Plut. *Sila*, 25.2; *Luc.* 4.1; 7.5; 20.1-2 (Delplace: 1977: 246). Hacia el 90 Asia pagaría unos 15 millones de denarios, unos 2500 talentos anuales, que en cinco años serían 12 500 (14 400 000 = 2400 talentos), luego 7500 talentos como gastos de guerra es muy poco, si lo comparamos con los 2000 talentos que pidió sólo a los de Chios (Magie, 1950; 1116, n. 16; Frank, 1959: 229).

53 Ap. *Mith.* 83.

54 Pese a que cuatro años después de la masacre del 88 no debían quedar muchos itálicos en la zona, Cic. *QF* I.1.33; *Flacc.* 32 los cita como responsables de dichos préstamos, evidencia que Brunt (1956: 18 y 20) reinterpretaba en sentido negativo.

Estando aún en Efeso, Sila recibió embajadores desde el senado de Roma, que traían propuestas de negociaciones para evitar la guerra. De nuevo aprovechó el romano para reivindicar sus razones y méritos, enviando legados a Roma con una arrogante respuesta. Pero la muerte del cónsul L. Cornelio Cina, hizo regresar a estos legados a Atenas, donde ya estaba Sila. De esta forma, las propuestas inadmisibles de un senado ajeno a sus justas demandas, reforzaban a Sila en su inminente guerra de liberación de Italia⁵⁵.

De la estancia en Atenas escribe Plutarco, pues Apiano omite este período, pasando directamente a las campañas del legado de Sila, L. Murena. Sila navegó desde Efeso a Atenas en la primavera del 84, y allí permaneció un año hasta la primavera del año siguiente, sin actividad política o militar de importancia que conozcamos, un tiempo que aprovechó para el descanso y aficiones particulares. Desde Atenas, Sila viajó a Eleusis, al oeste del Atica, donde se inició en las prácticas religiosas de los Misterios, y de vuelta a la ciudad aprovechó la oportunidad de hacerse con la biblioteca de Apelicon de Teos, un adinerado bibliófilo, que contenía piezas literarias de autores importantes, como la mayoría de las obras de Aristóteles y Teofrasto que por entonces aun no eran lo suficientemente conocidas. En ese tiempo además se le presentaron los primeros síntomas de gota, por lo que viajó a Edepsos, en la cercana isla de Eubea, para bañarse en sus aguas termales que se conocían como terapéuticas. De nuevo en Atenas, y satisfaciendo su afición por todo cuanto se relacionaba con el arte escénico, contacta con los actores que trabajaban en el Teatro de Dionisos, al sur de la Acrópolis, y otros días paseaba por la playa y confraternizaba con pescadores, intercambiando opiniones sobre el curso de los sucesos bélicos de la ciudad⁵⁶.

Finalmente, en la primavera del año 83, Sila se puso en marcha con su ejército a través de Tesalia y Macedonia —donde posiblemente había desembarcado y acampado previamente sus legiones—, hacia la costa del Epiro, reforzándose con nuevas tropas, para llegar a Dirraquio, donde le esperaban 1.200 naves para cruzar a Brindis. Estando en ese puerto, sus memorias deben ser la fuente de la anécdota sobre unos hombres que decían haber capturado un sátiro, mientras dormía, en Nifeo, un lugar sagrado, al norte de Dirraquio y Apolonia. Examinada

55 La actitud negociadora de Sila se manifiesta sobre todo cuando ya en Roma, convoca sesión del senado en el Templo de Bellona para leer su informe sobre la guerra contra Mitrídates. Mientras los senadores, aterrados, oían el discurso de Sila, llegaban al fondo los gritos de los ocho mil prisioneros samnitas —tres o cuatro mil, Str. V.4.11— que se estaban ajusticiando en la Villa Publica, Ap. BC I. 77, nueve mil ajusticiados, según *Vir. Illustr.* 75.10, R. Seager, (2006), 195. Sila no rechazó jamás ni el más mínimo vestigio de gloria V. Max. VIII.14.4.

56 Str. X.1.9; XIII.1.54; Plut. *Sila*, 26.1.

la captura, Sila se asustó y lo hizo soltar para conjurar el mal agüero. En suma, muchos sucesos ligeros en un contexto grave y de apremio vertiginoso⁵⁷.

Pero debemos volver a la estancia en Atenas. Un año en la ciudad griega, con las tareas descritas, no concilia con la urgencia con la que Sila había concluido la guerra en Asia y la gravedad de los asuntos, incluso personales, que le reclamaban en Roma. Este paréntesis parece un tiempo de espera, de plazo hasta que la situación permitiera el regreso a Italia. Cuál sea esta situación es lo que debemos considerar. Plutarco no aporta comentario alguno sobre por qué motivos Sila demoró su regreso a Italia durante un año. Nosotros podemos establecer algunas consideraciones.

Durante la conquista, los ejércitos romanos funcionaban con dinero en efectivo, metales preciosos acuñados o no acuñados, en este último caso, cuando eran botín capturado al enemigo. En cualquier caso, pagas y suministros para decenas de miles de soldados suponían grandes cantidades de moneda, muchas toneladas de metal a transportar en carretas y barcos, durante varias semanas, incluso meses, sometidas a los riesgos de pérdidas por naufragios o robos sufridos en ruta. En aquellas regiones en las que el nivel de civilidad y desarrollo ofrecía sistemas bancarios convencionales, como Grecia o Asia, los magistrados podían obtener el efectivo *in situ* mediante *nomina* o *permutationes*, ahorrándose los riesgos del viaje. Pero los fondos seguían siendo dinero contante y sonante, manejados ahora en la moneda local. Llegados a este punto, desconocemos cuánto dinero transportaba Sila cuando embarcó en Dirraquio para Brindis. Considerado traidor a la República, Sila no contaba con avales del senado en Asia, por lo que sus finanzas debían ser todas en dinero real⁵⁸.

Al haber asignado el mantenimiento de las tropas al *hospitium* de las ciudades de Asia, desde el invierno del 85/84 probablemente hasta la primavera del 83 —Grecia ya había mostrado su incapacidad para cubrir esas necesidades—, Sila sólo

57 Livio, *per.* 83.4; 84.1; Ap. *Mith.* 63; Ap. *BC I.*77; 84. Se habla de 1200 naves en Plut. *Sila*, 27.1, y de 1.600 en Ap. *BC I.* 79. de embarque desde Dyrrachio o desde Patrás, hasta Brindis, Nep. *Att.* 4, L. Ballesteros Pastor (1996: 184-185); Magie (1950: vol. I, 237-238). El último propietario de aquella biblioteca, Neleo de Scepsis, las enterró para ocultarlas a los monarcas de Pérgamo que deseaban conseguirlas, y así estuvo durante los últimos ciento setenta años, por lo que estaban muy deterioradas. Se las confiaron al gramático Tiranion, para que las restaurara y éste hizo varias copias, algunas de las cuales llegó al poder de Andrónico de Rodas, filósofo y compilador de la obra de Aristóteles, que las publicó, siendo de éste las tablillas que ahora circulan. Plut. *Sila*, 26; 27.2; Magie (1950; vol. I, 238).

58 El transporte de dinero en efectivo era lo habitual para pagar a las tropas. Tac. *Ann.* I. 37. 1-2; Rumbo a Atenas, Demetrio Poliorceta (ss. IV/III a. de C.) transportó 5000 talentos en monedas de plata (unos 130 000 kilos). Plut. *Dem.* 8.5; Hollander (2007: 102). Pompeyo transportó hasta Roma e ingresó en el erario veinte mil talentos, 120 000 000 de denarios, y 75 000 000 de monedas de plata acuñada, Plut. *Pomp.* 45; Ap. *Mith.* 116; Brunt (1971: 460).

tenía que ocuparse de llevar dinero suficiente para garantizar los suministros y pagas para la campaña de Italia, de duración imprevista. Para afianzar la fidelidad de sus legiones, en caso de que los combates se extendieran en el tiempo y las pagas peligraran, el romano contaba con el efecto de adhesión al mando, producto de permitir el expolio y saqueo sin límite a los soldados. Creemos significativo que tras la multa dictada en Efeso, verano del 85, cuya recaudación encargó al procuestor Lúculo y fijó en fecha determinada, hasta el fin de la guerra de Italia, tres años y medio después, no volvamos a saber de penurias y escaseces en el ejército de Sila, que aún amplió sus efectivos de cinco legiones en seis mil jinetes y algunas otras tropas del Peloponeso y Macedonia, pasando de treinta mil a unos cuarenta mil hombres. Un gasto superior al que Sila tenía cuando llegara a Grecia en el 87⁵⁹. En este sentido, la oferta de los soldados, antes de embarcar para Brindis, de su propio dinero para paliar la posible falta de fondos para iniciar la guerra en Italia, no pasa de ser un acto de propaganda sobre la lealtad ejemplar de sus soldados hacia su persona, probablemente recogido de sus memorias. Sila agradeció la propuesta, pero la rechazó sin más. Reforzaba así una imagen de general austero y honrado, diferente a cuantos magistrados corruptos habían pasado en los años previos por Asia. Pero sobre todo, con este gesto Sila estaba mostrando que disponía del dinero necesario para la campaña⁶⁰.

Dada la magnitud de lo exigido, los pagos de los asiáticos debieron ser en moneda acuñada y metales preciosos. A esto se sumaban los dos mil talentos de plata pagados por Mitrídates directamente por la paz. Todo ello era una ingente cantidad de dinero que debía ser procesada para su uso. Los estudios sobre hallazgos de monedas en la región confirman acuñaciones en cantidades importantes distribuidas por diferentes cecas de Asia. Con emblemas silanos, se acuñaron tetradracmas intensivamente en Efeso, Tralles y Apamea entre los años 84 y 80. Lúculo acuñó dracmas y tetradracmas —17 gramos— de imitación, por todo el Peloponeso, en Dyme, Elis, Esparta, Pallantion, Patras y Tegea. Creemos en consecuencia que en tanto convertía en moneda acuñada todo o parte de lo recaudado en Asia, en diversas cecas regionales, Sila debió permanecer a la espera en la ciudad que eligió para ello, Atenas, y hacerse a la mar cuando, con dinero suficiente para la campaña, dejó de ser una preocupación el asunto de la intendencia⁶¹.

59 A nueve millones de denarios por año para las seis, el total fueron dieciocho por los dos años, o 3.000 talentos, con un peso de 78 toneladas. La multa a Asia, Plut. *Sila*, 25.2; *Luc.* 20.3-4; Ap. *Mith.* 63; 83; D. Magie, I, 251-252; II, 1127, n.46.

60 D. B. Hollander, *Money, op. cit.* 41 ss. Ap. *BCI.* 79. Plut. *Luc.* 4.4, M. Rostovzeff, vol. II, *op. cit.* 1065.

61 Se ha calculado que a razón de veinte mil piezas diarias, lo que era posible, en siete meses se podían obtener unos cuatro millones doscientos mil tetradracmas, unas 71,4 toneladas, 2,746 talentos áticos. Broughton (1933-1940: 517 y sigs.) opinó que los cua-

La guerra duró dos años, 83 y 82, y en ella Sila, que desembarcó con seis legiones, llegó a estar al frente de entre quince y veintitrés legiones —ochenta a ciento veinte mil soldados—, aunque desconocemos el tiempo exacto en el que estuvo al frente de ellas⁶². La campaña fue una sucesión de éxitos militares hasta llegar a Roma, en los que se aplicó la misma fórmula a los vencidos. Devastación de regiones y ciudades, permitiendo el saqueo y la rapiña a los soldados, demolición de fortalezas y murallas, imposición de multas a la totalidad de sus ciudadanos y fijación de los tributos más gravosos. Desde que embarcara para Grecia en el 87, Sila permitió a sus legiones que saquearan y se quedaran con cuanto despojo encontraran en el curso de la guerra y esta fue la conducta hasta su entrada en Roma en el 82. En consecuencia, no hay mención de capturas de botín de interés porque probablemente éste pasó directamente a la tropa, salvo ya al final, en Preneste, considerada como una de las ciudades más ricas de su tiempo, de la que por tanto pudo obtenerse un botín cuantioso⁶³. Con un senado controlado por sus adversarios, el dinero que trajo de Asia y el que pudo reunir a lo largo de la campaña hasta el 81, sirvió al menos en parte para pagar a sus legiones y adquirir cualquier material bélico que necesitara. Aún veinte años después, había por todas Italia viejos soldados de Sila, muy belicosos, nostálgicos de los tiempos en que podían saquear y robar sin límite a los enemigos⁶⁴.

renta mil hombres con los que desembarcó en Brindis consumieron los 20 000 talentos tomados a los asiáticos, lo que parece excesivo, *cf.* Magie 81950: 1115. n. 15), Crawford (1985: vol. II, 152-169 y 637), Callatay (2011: 56, 63, 72 y 73). Didracmas y tetradracmas relacionados con la presencia militar de Sila en Grecia y las acuñaciones de Lúculo, *Ap. Mith.* 63; *Plut. Luc.* 20.1-4, Amela Valverde (2013: 54 y 56); Magie (1950: vol. I, 240). No hay razón para pensar que los dos mil talentos iban a ser para devolver a Chios los que antes tuvieron que pagar a Zenobio, *Plut. Sila*, 20.5; 22.3; 23.4; *Ap. Mith.* 47; 54. Testimonios epigráficos del siglo I d. C. dan una relación entre el dracma ático, de peso 4.36 grs., y el denario, de 3.90 grs., de 5:6, Carbone (2016: 19).

62 *Ap. BC I.* 63; 79; 80; 84; 100. Brunt (1971: 305) rebaja esas cifras, sin hacer propuestas. Sin mucho rigor documental, para Shatzman (1975: 71), los gastos militares de Sila en el período 87-81, fueron de 79 millones de denarios, 13.168 talentos. En un solo año esas legiones habrían consumido en pagas veintidós millones y medio y treinta y cuatro y medio millones de denarios, 3.750 y 5.750 talentos respectivamente. Una u otra cantidad que bien pudo traer de Asia.

63 *Sal. Cat.* 11. 5-6. En la campaña de Italia, primavera del 83 a finales del 82, no se citan momentos de apuros económicos ni grandes botines capturados que los <palieran, salvo el tomado en Preneste, ciudad que se contaba entre las más ricas de su tiempo. *Ap. BC I.* 76; 79; 84; 96; *Plut. Sila*, 27. 1; 3. La posibilidad de botín en Italia era difícil (Thein, 2016: 450-172, 151 y 466, n. 6). Las ciudades saqueadas sólo beneficiaron a los soldados y sus generales, sin que se paseara en el triunfo y se ingresara en el erario, *Floro*, II. 9.27-28, comentado.

64 Saqueos de ciudades, *Ap. BC I.* 57; 94; *Mith.* 38; saqueos en Italia, *Plut. Cic.* 14. Brunt (1962, 78); sus soldados, muy bien pagados, 104; *Plut. Sila*, 12.8; 27.3.

6. EL TRIUNFO DE SILA

Sila celebró el triunfo durante dos días por todas sus conquistas a finales de enero del 81, cuando ya era dictador. En el segundo día, la comitiva portaba una inscripción en la que, entre otros pormenores de los éxitos del magistrado triunfador, se citaban las cantidades de riquezas ingresadas en el erario. Era el testimonio de cuanto había contribuido a la gloria del magistrado que desfilaba. Pese al tono encomiástico de Apiano, cuando señalaba que en tres años no completos Sila había dado muerte a ciento sesenta mil hombres, reconquistado para los romanos Grecia, Macedonia, Jonia, Asia y muchos otros territorios que Mitrídates había ocupado previamente, pese a todo ello Apiano no describe el triunfo, tan sólo menciona que Sila lo celebró por la guerra mitridática⁶⁵.

Plutarco es algo más explícito. Su descripción parece un capítulo más de la propaganda del dictador, en el que no faltó ostentación y singularidad en los despojos reales. Se portaron reproducciones de muchas ciudades de Asia y Grecia que no detalla, y quizás a falta de rehenes de sangre real o militares de prestigio, desfilaron atletas olímpicos y algo ciertamente inaudito, ciudadanos romanos ilustres y poderosos, que aclamaban a Sila como padre y salvador, sus correligionarios regresados del exilio, agradeciéndole haberles permitido volver con sus mujeres e hijos. Eran aquellos que a mediados del 86, tras la victoria de Sila en Queronea, arribaron a Beocia y que ahora, cinco años después, en plena ola de asesinatos y proscripciones, avalaban con su presencia, entre los rehenes, la merecida gloria del dictador. Finalmente, no faltó el discurso final del triunfador enumerando su méritos y hazañas, distinguiendo entre lo que fue obra de la Fortuna y obra propia⁶⁶.

Las fuentes no hacen mención de material bélico tomado al enemigo, algo frecuente en otros triunfos. No se citan carretas llevando vasos, bandejas y otras piezas de oro o plata, ni moneda acuñada u obras de arte como estatuas de mármol o bronce o pinturas⁶⁷. Por otro lado, los tres años y medio transcurridos entre el final de la campaña oriental y el momento de la celebración, excluía la exhibición de material perecedero o de uso inmediato como los aparejos navales. Sorprenden las moderadas cantidades citadas en el triunfo que no merecieron la atención

65 El tema ha sido bien tratado en la bibliografía, de la que destacamos, Versnel (1970), Develin (1978: 429-438), Auliard (2001), Igenshorst (2004: 436-457; 2005), Beard (2007). Un paralelo de la inscripción triunfal deben ser las *res gestae divi Augusti*, los datos explícitos del triunfo sobre los galos de César, Plut. *Caes.* 15.5, o los de Pompeyo, Plut. *Pomp.* 45.

66 Ap. *BC* I. 99; 101; Plut. *Sila*, 31.4; 34. 1-2; V. Max. II. 8. 7. El botín de Queronea, inespecífico, sólo indica muchos prisioneros de guerra, gran cantidad de armas y botín, Ap. *Mith.* 45; Plut. *Sila*, 19.4.

67 Plin. *nat.* XXXIII. 16; Ap. *BC*. I. 101; Plut. *Sila*, 34.1; V. Max. II. 8, 7, D. Magie (1950: 240).

de Plutarco ni Apiano. Plata y oro es habitualmente cuantificada en los triunfos desde finales del siglo III, y las cuantías en metálico son muy superiores a las que Plinio el Viejo nos informa sobre Sila, e incluso a los testimoniados en su propio tiempo, como los de Pompeyo y César⁶⁸.

Plinio el Viejo cita de pasada las cantidades ingresadas por Sila en el erario, al hablar de la presencia de oro en los triunfos romanos. Escribe el naturalista que en el primer día de triunfo —fueron dos— Sila llevó como botín de todas sus conquistas 15 000 (XV) libras de oro y 115 000 (CXV) de plata. Al día siguiente, en el mismo triunfo anunció —en una de esas inscripciones citadas— que había recuperado para Roma 14 000 (XIIII) libras de oro y 6000 (VI) de plata procedentes de los templos de Roma, incluido el capitolino, que Mario el Joven había llevado a Preneste, con ocasión de un incendio que había asolado una parte de la Ciudad⁶⁹. Con este dato, se piensa que en realidad el oro ingresado fue sólo el de Preneste y en consecuencia, de las 115 000 citadas seis mil libras eran devolución igualmente de aquella ciudad, quedando el ingreso real de Sila en mil libras de oro y 109 000 de plata. Unos beneficios que tras seis años de guerras y victorias continuas, podemos calificar de discretos para el estado romano, aunque no así para soldados y mandos. El triunfo de Sila no mereció ser detallado como otros de la época, acaso por el deseo de olvidar los excesos y crueldades de su gobierno, ignorando o menospreciando sus logros⁷⁰.

Se admite que a su muerte, cuatro años después, Sila era muy rico, el hombre más rico de Roma para Plinio el Viejo, acaso por las ganancias obtenidas en las confiscaciones que siguieron a las proscripciones, acaso por los rendimientos económicos obtenidos de Asia, o simplemente, como aseguran otros, porque cuando tuvo todo el poder durante años tomó el dinero de los impuestos y del erario público⁷¹. Riqueza que algunos amigos y conocidos le reprochaban por su

68 Como vemos en el de Escipión por Carthago Nova, Livio, XXVI. 47. 7-9; XXXIX.59. 3-6, Catón el Censor por Hispania, Livio, XXXIV. 46. 2-3, Cn. Manlio Vulson, por Siria, Livio, XXXIX. 7.1-2L. Emilio Paulo, por Perseo, Plut. *Aem.* 31/32. 4-6. El triunfo de Pompeyo fue ciertamente espléndido. Repartió entre los soldados 16.000 talentos, noventa y seis millones de denarios, e ingresó 75 millones en moneda de plata acuñada, 12.500 talentos, y portaba muchos carros cargados de oro. En su cuádruple triunfo César llevó 60.500 talentos de plata y 2.822 coronas de oro que pesaron 20.414 libras de oro, Ap. *BC* II.102; *Mit.* 116/118; Suet. *Caes.* 37/39; Plut. *Caes.* 55.1; *Pomp.* 45.2; *Luc.* 37. 4-6.

69 Ap. *Mith.* 76; Plin. *nat.* XXXIII.5.16; Plut. *Luc.* 37.6.

70 Plut. *Sila*, 12.9; Crawford, *Coinage*, vol. II, *op. cit.* 637. Los soldados de Sila saquearon libremente las ciudades de Italia (Brunt, 1962: 78). No sabemos cuánto dinero se quedó del total que manejó desde su llegada a Roma en el 82, pero se admite que Sila murió muy rico (Barlow, 1980: 211).

71 Sal. *Cat.* 11. 5-6; Plut. *Sila*, 12.8; 27.3. *Rem publicam tenuerat sumpserat pecunias ex vectigalibus et ex aerario populi Romani*, Ascon. 73C; Ap. *BC* I. 79; Plin. *nat.* XXXIII. 134, I. Shatzman (1975: 268-272); Barlow (1980: 211); Sila saqueó muchas ciudades en su campaña en Italia,

dudosa procedencia, ya que, le decían, su padre fue de medios modestos, él mismo, siendo joven, no podía costearse más que el alquiler de una vivienda económica y aunque las herencias de su madrastra y una prostituta que frecuentaba le dieron una posición más desahogada, se sabía que el delito de muchos de los ciudadanos proscritos habían sido el tamaño de sus fortunas⁷².

De la trayectoria vital que conocemos, creemos que fue la ambición de poder lo que movió a Sila en la mayoría de sus empresas. El romano no reparó en medios, fuese el recurso a la providencia, como justificación, o fuese el acopio de recursos por cualquier medio, Sila hizo lo necesario para lograr sus objetivos. En su carrera por el poder supremo, la campaña contra Mitrídates fue en un primer momento la ocasión de obtener el caudal necesario para enfrentarse en Italia a los marianos. Y a estos intereses personales subordinó el curso de la guerra, la firma de un armisticio, que no fue sancionado como tratado hasta seis años después, y la elección de Asia como suministradora del dinero que necesitaba para recuperar el poder en Roma.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, M. C. (1990). *Trials in the Late Roman Republic, 149 BC to 50 BC*, University of Toronto Press.
- Alston, R. (1994). Roman Military Pay from Caesar to Diocletian. *JRS* 84, 113-123.
- Amela Valverde, L. (2013). Monedas emitidas a nombre de Mitrídates VI del Ponto en Atenas. *Omni*, 6(4), 47-58.
- Amiotti, G. (1979). La tradizione sulla morte di Manio Aquilio. *Aevum*, 53(1), 72-77.
- Armidani, C. (1994). L'assassinio di A. Postumio Albino e l'assegnazione del comando mitridatico a L. Cornelio Silla. *Aevum*, 68,1, 89-94.
- Arrayás Morales, I. (2010-2011). Las guerras mitridáticas y el desarrollo de la diplomacia con Roma. Evergetismo y defensa de las *póleis* minorasiáticas. *Faventia*, 32-33, 73-85.
- Auliard, C. (2001). *Victoires et triomphes à Rome: droit et réalités sous la République*, Besanzón.
- Badian, E. (1959). Sulla's Cilician Command. *Athenaeum*, 37(1), 279-303.
- (1976). Rome, Athens and Mithridates. *AJAH*, 1, 105-128.
- Ballesteros Pastor, L. (1996). *Mitrídates Eupato, rey del Ponto*, Granada.

(Thein, 2016: 451).

⁷² Plut. *Sila*, I. 3-4; II.4; V. Max. IX. 2.1.

- Barlow, C. T. (1980). Roman Government and Economy, 90- 82 B.C. *AJPh*, 101(2), 202-219.
- Beard, M. (2007). *The Roman Triumph*, Cambridge, Ma.
- Brennan, C. T. (1999) *The Praetorship in the Roman Republic*. Oxford University Press.
- Broughton, T. R. S. (1933-1940). Roman Asia Minor. *ESAR*, IV, Baltimore.
- (1952). *The magistrates of de Roman Republic*. American Philological Association.
- Brunt, P. A. (1950). Pay and Superannuation in the Roman Army. *PBSR*, 18, 50-71.
- (1956). Sulla and the Asian publicans. *Latomus*, 15,17-25.
- (1962). The Army and the Land in the Roman Revolution. *JRS*, 52, 69-86.
- (1971). *Italian Manpower 225 B.C. – A.D.14*. Oxford.
- Cagniard, F. (1991). L. Cornelius Sulla in the Nineties: a Reassessment. *Latomus*, 50(2), 285-303.
- Calabi, I. (1951). I Commentarii di Silla come Fonte Storico, *Accademia Nazionale dei Lincei, Rendiconti della Classe di Scienze Morali, Storiche e Filologiche*, 3(5). (8th ser.), 247-302.
- Carbone, L. (2016). *The Introduction of Roman Coinages in Asia (133 BC – 1st Century AD)*, Columbia University, diss., *ANS*, 1-44,
- Callatay, F. de (2011). More than it would seem: the use of Coinage by the Romans in Late Hellenistic Asia Minor (133-63 BC). *AJN* (second series) 23, 55-86.
- Cornell, T. J. (Ed.) (2013). *The Fragments of the Roman Historians*, I, Oxford.
- Crawford, M. H. (1985) *Coinage and Money under the Roman Republic*. University of California Press.
- Delplace, C. (1977). Publicains, trafiquants et financiers dans les provinces d'Asia Mineure sous la République. *Ktema*, 2, 233-252.
- Develin, R. (1978). Tradition and development of triumphal regulations in Rome. *Klio*, 60, 429-438.
- Frank, T. (1959). *An Economic Survey of Ancient Rome*. Octagon Books. Versión original (1933): Johns Hopkins Press 1933.
- Gauthier, F. (2020). The transformation of the Roman army in the last decades of the Republic. En J. Armstrong y M. P. Fronda (Eds.), *Romans at War. Soldiers, Citizens, and Society in the Roman Republic* (pp. 283-296). Routledge
- Hamilton, C. D. (1969). The Tresviri Monetales and the Republican Cursus Honorum. *TAPhA*, 100, 181-199.

- Hinds, J. G. F. (2006 [1992]). Mithridates. *CAH, IX*, 130-164.
- Hill, H. (1946). Roman Revenues from Greece after 146 B.C. *CPh*, 41(1), 35-42.
- Hollander, D. B. (2007). *Money in the Late Roman Republic*. Brill.
- Itgenshorst, T. (2004). Augustus und der republikanische Triumph. *Hermes*, 132, 436-457.
- (2005). *Tota illa pompa: der Triumph in der römischen Republik*. Vandenhoeck & Ruprecht.
- Keaveney, A. (1995). Sulla's Cilician Command: The Evidence of Apollinaris Sidonius. *Historia*, 44(1), 29-36.
- (2003 [1992]). *Lucullus. A life*. Routledge.
- Konrad, C. F. (2006). From the Gracchi to the First Civil War (133-70). En *A Companion to the Roman Republic* (pp. 167-189). N. Rosenstein & R. Morstein-Marx, Oxford.
- Luce, T. J. (1970). Marius and the Mithridatic Command, *Historia*, 19(2), 161-194.
- MacMullen, R. (1984). The Roman emperor's army costs, *Latomus*, 43, 571-580.
- Magie, D. (1950). *Roman Rule of Asia Minor*. Princeton University Press.
- Muñiz Coello, J. (2019). P. Rutilio, los Escauro y la provincia de Asia. *Onoba*, 7, 37-63.
- Ñaco del Hoyo, T. (2012). Garrisons, coins and war stress (89-63 BCE) in Late Hellenistic towns. En F. López Sánchez (Ed.), *The City and the Coin in the Ancient and Early Medieval Worlds* (pp. 49-60). BAR, Oxford.
- (2014). Roman and Pontic Intelligence Strategies: Politics and War in the Time of Mithridates VI. *War In History*, Oxford, 401-421.
- Antela-Bernárdez, B., Arrayás-Morales, I. y Busquets-Artigas, S. (2011). The 'ultimate frontier': war, terror and the greek *poleis* between Mithridates and Rome. En O. Hekster y T. Kaizer (Eds.), *The Frontiers of the Roman World* (pp. 291-304). Durham University, April 16-19th 2009, Brill Ed., Leiden-Boston.
- Pascucci, S. (1975). I *Commentarii* di Silla. *StudUrb*, 49(1), 283-296.
- Reams, L. E. (1993). Censorinus, Sulla and Marius. *RhM*, 136(3/4), 281-288.
- Rotondi, G., (1966). *Leges publicae populi romani*, [Milano 1912] Hildesheim.
- Rosenstein, N. (2011). War, wealth and consuls. En H. Beck, A. Duplá, M. Jehne, F. Pina (Eds.), *Consuls and res publica. Holding High Office in the Roman Republic* (pp. 133-158). Cambridge.
- (2016). *Bellum se ipsum alet?* Financing mid-republican imperialism. En H. Beck, M. Jehne y J. Serrati (Eds.), *Money and Power in the Roman Republic* (pp. 114-130). Bruselas.

- (2020). Financing Imperialism in the Middle Roman Republic. En L. L. Brice (Ed.), *New Approaches to Greek and Roman Warfare* (pp. 99-112). Hoboken, NJ, USA.
- Rostovzeff, M. R. (1967). *Historia social y económica del mundo helenístico*. Espasa Calpe. Versión original (1953): Oxford University Press.
- Roth, J., (1984). The Size and Organization of the Roman Imperial Legion. *Historia*, 43(3), 1994, 346-362.
- Rotondi (1912). *Leges publicae populi romani*. OLMS.
- Sanford, E. M. (1950). Roman Avarice in Asia. *JNES*, 9(1), 28-36.
- Sarikakis, T. C. (1976). Les vepres ephesiennes de l'an 88 av. J. – C. *EThess*, 15, 253-264.
- Scullard, H. H. (2010). *From Gracchi to Nero. A history of Rome from 133 b.c. to a.d. 68*, New York & London [1959].
- Seager, R. (2006). Sulla. *CAH IX*, [1992], 65-207.
- Shatzman, I. (1975). *Senatorial Wealth and Roman Politics*, Bruxelles.
- Sherwin-White, A. N. (1980). The opening of the Mithridatic war. En M. J. Fontana, M. T. Piraino and F. P. Rizzo (Ed.), *Miscellanea di studi classici in onore di Eugenia Manni* (pp. 1979-1995). VI, Rome.
- Smith, C. J. (2009). Sulla's Memoirs. En C. J. Smith & A. Powell (Eds.), *The Lost memoirs of Augustus* (pp. 65-85). Swamsea
- Sumner, G. V. (1978). Sulla's Career in the Nineties. *Athenaeum*, 56(1), 395-396.
- Thein, A. (2014). Reflecting on Sulla's Clemency. *Historia*, 63(2), 166-186.
- (2016). Booty in the Sullan Civil War of 83-82 B. C. *Historia*, 65(4), 450-472.
- Thompson, D. J. (2008 [1992]). *Egypt, 146-31 B. C.*, *Cambridge Ancient History*, IX, 310-326.
- Torregaray, E. (2009). *Legatorum facta: la ejemplaridad de los embajadores romanos*. *Veleia*, 26, 127-152.
- Valgiglio, E. (1975). L'autobiografia di Silla nelle biografie di Plutarco. *StudiUrb(B)*, 49(1), 245-281.
- Versnel, H. S. (1970). *Triumph and inquiry into the origins ,development and meaning of the Roman Triumph*. Leiden.
- Watson, G. R. (1958). The Pay of the Roman Army. *Historia* 7(1), 113-120.
- Will, E. (1967). *Histoire politique du Monde Hellenistique (323 – 30 av. J.-C.)*. Nancy.

